LA VERDAD SOSPECHOSA,

COMEDIA DE

DON JUAN RUIZ DE ALARCON

Y MENDOZA.

MADRID: 1850.

Imprenta de la Educacion Pueril, calle de Toledo, n.º 118, cto. pral.

Se hallará en la Libreria de D. José Cuesta, calle Mayor.

4

PERSONAS.

Don García, galan.
Don Juan, galan.
Don Félix, galan.
Don Beltran, viejo grave.
Don Sancho, viejo grave.
Don Juan, viejo grave.
Tristan, gracioso.
Un Letrado.
Camino, escudero.
Un paje.
Jacinta, dama.
Lucrecia, dama.
Isabel, criada.
Un criado.

La escena es en Madrid.

NOTA. Esta comedia se reimprime conforme á la edicion de 1634, hecha por el autor; pero se indican las mutaciones de teatro, para mejor inteligencia de la fábula.

Ha cuidado de la correccion del texto D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

ACTO PRIMERO.

SALA EN CASA DE DON BELTRAN.

Salen, por una puerta, don García, *de estudiante, y un* Letrado *viejo, de camino; y por otra*, don Beltran *y* Tristan.

Don Beltran.
Con bien vengas, hijo mio.
Don García.
Dame la mano, señor.
Don Beltran.
Cómo vienes?
Don García.
El calor
del ardiente y seco estío
me ha afligido de tal suerte,
que no pudiera llevallo,
señor, á no mitigallo
con la esperanza de verte.
Don Beltran.
Entra pues á descansar.
Dios te guarde. Qué hombre vienes!
--Tristan...
Tristan.
Señor...
Don Beltran.
Dueño tienes
nuevo ya de quien cuidar.
Sirve desde hoy à García;
que tú eres diestro en la corte,
y él bisoño.
Tristan.
En lo que importe
yo le serviré de guía.
Don Beltran.
No es criado el que te doy,
mas consejero y amigo.

724377

Don García.

Tendrá ese lugar conmigo. (*Vase*).

Tristan.

Vuestro humilde esclavo soy. (*Vase*).

Don Beltran.

Déme, señor Licenciado,
los brazos.

Letrado.

Los piés os pido.

Don Beltran.

Alce ya. Cómo ha venido?

Letrado.

Bueno, contento, y honrado
de mi señor don García,
á quien tanto amor cobré,
que no sé como podré
vivir sin su compañía.

Don Beltran.

Dios le guarde; que en efeto
siempre el señor Licenciado
claros indicios ha dado
de agradecido y discreto.
Tan precisa obligacion,
me huelgo que haya cumplido
García, y que haya acudido
á lo que es tanta razon.
Porque le aseguro yo
que es tal mi agradecimiento,
que como un corregimiento
mi intercesion le alcanzó
(segun mi amor, desigual),
de la misma suerte hiciera
darle tambien, si pudiera,
plaza en el Consejo Real.

Letrado.

De vuestro valor lo fio.

Don Beltran.

Sí, bien lo puede creer;
mas yo me doy á entender
que si con el favor mio
en ese escalon primero
se ha podido poner ya,

sin mi ayuda subirá
con su virtud al postrero.

Letrado.

En cualquier tiempo y lugar
he de ser vuestro criado.

Don Beltran.

Ya, pues, señor Licenciado,
que el timon ha de dejar
de la nave de García
y yo he de encargarme dél,
que hiciese pór mí y por él
sola una cosa querria.

Letrado.

Ya, señor, alegre espero
lo que me quereis mandar.

Don Beltran.

La palabra me ha de dar
de que lo ha de hacer, primero.

Letrado.

Por Dios juro de cumplir,
señor, vuestra voluntad.

Don Beltran.

Que me diga una verdad
le quiero solo pedir.
Ya sabe que fué mi intento
que el camino que seguia
de las letras don García
fuese su acrecentamiento;
que para un hijo segundo
como él era, es cosa cierta
que es esa la mejor puerta
para las honras del mundo.
Pues, como Dios se sirvió
de llevarse á don Gabriel
mi hijo mayor, con que en él
mi mayorazgo quedó,
determiné que dejada
esa profesion, viniese
á Madrid donde estuviese,
como es cosa acostumbrada
entre ilustres caballeros
en España; porque es bien

que las nobles casas dén
á su rey sus herederos.
Pues como es ya don García
hombre que no ha de tener
maestro, y ha de correr
su gobierno á cuenta mia;
y mi paternal amor
con justa razon desea
que ya que el mejor no sea,
no le noten por peor;
quiero, señor Licenciado,
que me diga claramente,
sin lisonja, lo que siente
(supuesto que le ha criado)
de su modo y condicion,
de su trato y ejercicio,
y á qué género de vicio
muestra mas inclinacion.
Si tiene alguna costumbre
que yo cuide de enmendar,
no piense que me ha de dar
con decirlo pesadumbre.
Que él tenga vicio, es forzoso
que me pese, claro está;
mas saberlo me será
útil, cuando no gustoso.
Antes en nada á fe mia
hacerme puede mayor
placer, ó mostrar mejor
lo bien que quiere á García,
que en darme este desengaño
cuando provechoso es,
si he de saberlo despues
que haya sucedido un daño.

Letrado.

Tan estrecha prevencion,
señor, no era menester
para reducirme á hacer
lo que tengo obligacion;
pues es caso averiguado
que cuando entrega al señor
un caballo el picador,

que lo ha impuesto y enseñado;
si no le informa del modo
y los resabios que tiene,
un mal suceso previene
al caballo y dueño y todo.
Deciros verdad es bien;
que, demas del juramento,
daros una purga intento,
que os sepa mal y haga bien.
—De mi señor don García
todas las acciones tienen
cierto acento, en que convienen
con su alta genealogía.
Es magnánimo y valiente,
es sagaz y es ingenioso,
es liberal y piadoso;
si repentino, impaciente.
No trato de las pasiones
proprias de la mocedad,
porque en esas con la edad
se mudan las condiciones.
Mas una falta no mas
es la que le he conocido,
que por mas que le he reñido,
no se ha enmendado jamás.

Don Beltran.

¿Cosa que á su calidad
será dañosa en Madrid?

Letrado.

Puede ser.

Don Beltran.

Cuál es? Decid.

Letrado.

No decir siempre verdad.

Don Beltran.

¡Jesus, qué cosa tan fea
en hombre de obligacion!

Letrado.

Yo pienso que, ó condicion
ó mala costumbre sea,
con la mucha autoridad
que con él teneis, señor,

junto con que ya es mayor
su cordura con la edad,
ese vicio perderá.

Don Beltran.

Si la vara no ha podido,
en tiempo que tierna ha sido,
enderezarse, ¿qué hará
siendo ya tronco robusto?

Letrado.

En Salamanca, señor,
son mozos, gastan humor,
sigue cada cual su gusto:
hacen donaire del vicio,
gala de la travesura,
grandeza de la locura:
hace al fin la edad su oficio.
Mas en la corte, mejor
su enmienda esperar podemos,
donde tan validas vemos
las escuelas del honor.

Don Beltran.

Casi me mueve á reir
ver cuán ignorante está
de la corte. ¿Luego acá
no hay quien le enseñe á mentir?
En la corte, aunque haya sido
un extremo don García,
hay quien le dé cada dia
mil mentiras de partido.
Y si aquí miente el que está
en un puesto levantado
en cosa en que abengañado
la hacienda ó honor le va,
¿no es mayor inconveniente
quien por espejo está puesto
al reino? Dejemos esto;
que me voy á maldiciente.
Como el toro á quien tiró
la vara una diestra mano,
arremete al mas cercano
sin mirar á quién hirió,
así yo con el dolor

que esta nueva me ha causado,
en quien primero he encontrado,
ejecuté mi furor.
Créame, que si García
mi hacienda, de amores ciego,
disipara, ó en el juego
consumiera noche y dia;
si fuera de ánimo inquieto
y á pendencias inclinado,
si mal se hubiera casado,
si se muriera en efeto,
no lo llevara tan mal
como que su falta sea
mentir. Qué cosa tan fea!
qué opuesta á mi natural!
Ahora bien: lo que he de hacer
es casarle brevemente,
ántes que este inconveniente
conocido venga á ser.
Yo quedo muy satisfecho
de su buen celo y cuidado,
y me confieso obligado
del bien que en esto me ha hecho.
Cuándo ha de partir?

Letrado.

Querría
luego.

Don Beltran.

¿No descansará
algun tiempo, y gozará
de la corte?

Letrado.

Dicha mia
fuera quedarme con vos;
pero mi oficio me espera.

Don Beltran.

Ya entiendo: volar quisiera,
porque va á mandar. Adios. (*Vase*).

Letrado.

Guárdeos Dios.—Dolor extraño
le dió al buen viejo la nueva.
Al fin, el mas sabio lleva

ágriamente un desengaño. (*Vase.*)

LAS PLATERÍAS.

Salen Don García, *de galan*, *y* Tristan.

Don García.

Díceme bien este traje?

Tristan.

Divinamente, señor.
¡Bien hubiese el inventor
deste holandesco follaje!
Con un cuello apanalado,
qué fealdad no se enmendó?
Yo sé una dama á quien dió
cierto amigo gran cuidado
miéntras con cuello le via;
y una vez que llegó á verle
sin él, la obligó á perderle
cuanta aficion le tenia.
Porque ciertos costurones
en la garganta cetrina
publicaban la ruina
de pasados lamparones.
Las narices le crecieron,
mostró un gran palmo de oreja,
y las quijadas, de vieja
en lo enjuto parecieron.
Al fin, el galan quedó
tan otro del que solia,
que no le conoceria
la madre que le parió.

Don García.

Por esa y otras razones
me holgara de que saliera
premática que impidiera
esos vanos cangilones.
Que demas desos engaños,
con su holanda el estranjero
saca de España el dinero
para nuestros proprios daños.
Una valoncilla angosta,

usándose, le estuviera
bien al rostro, y se anduviera
mas á gusto á ménos costa.
Y no que con tal cuidado
sirve un galan á su cuello,
que por no descomponello,
se obliga á andar empalado.

Tristan.

Yo sé quien tuvo ocasion
de gozar su amada bella,
y no osó llegarse á ella
por no ajar un cangilon.
Y esto me tiene confuso:
todos dicen que se holgaran
de que valonas se usaran,
y nadie comienza el uso.

Don García.

De gobernar nos dejemos
el mundo. Qué hay de mujeres?

Tristan.

El mundo dejas, ¡y quieres
que la carne gobernemos!
Es mas fácil?

Don García.

Mas gustoso.

Tristan.

Eres tierno?

Don García.

Mozo soy.

Tristan.

Pues en lugar entras hoy
donde amor no vive ocioso.
Resplandecen damas bellas
en el cortesano suelo,
de la suerte que en el cielo
brillan lucientes estrellas.
En el vicio y la virtud
y el estado hay diferencia,
como es vária su influencia,
resplandor y magnitud.
Las señoras, no es mi intento
que en este número estén;

que son ángeles, á quien
no se atreve el pensamiento.
Solo te diré de aquellas
que son, con almas livianas,
siendo divinas, humanas;
corruptibles, siendo estrellas.
Bellas casadas verás
conversables y discretas,
que las llamo yo planetas
porque resplandecen mas.
Estas, con la conjuncion
de maridos placenteros,
influyen en extranjeros
dadivosa condicion.
Otras hay, cuyos maridos
á comisiones se van,
ó que en las Indias están
ó en Italia entretenidos.
No todas dicen verdad
en esto; que mil taimadas
suelen fingirse casadas
por vivir con libertad.
Verás de cautas pasantes
hermosas recientes hijas:
estas son estrellas fijas,
y sus madres son errantes.
Hay una gran multitud
de señoras del tuson,
que entre cortesanas, son
de la mayor magnitud.
Síguense tras las tusonas,
otras que serlo desean;
y aunque tan buenas no sean,
son mejores que busconas.
Estas son unas estrellas
que dan menor claridad;
mas en la necesidad
te habrás de alumbrar con ellas.
La buscona no la cuento
por estrella, que es cometa,
pues ni su luz es perfeta
ni conocido su asiento.

Por las mañanas se ofrece
amenazando al dinero,
y en cunpliéndose el agüero,
al punto desaparace.
Niñas salen, que procuran
gozar todas ocasiones:
estas son exhalaciones
que miéntras se queman, duran.
Pero que adviertas es bien,
si en estas estrellas tocas,
que son estables muy pocas,
por mas que un Perú les den.
No ignores, pues yo no ignoro,
que un signo el de Virgo es,
y los de cuernos son tres,
Aries, Capricornio y Toro:
y así sin fiar en ellas
lleva un presupuesto solo,
y es que el dinero es el polo
de todas estas estrellas.

Don García.

Eres astrólogo?

Tristan.

Oí,
el tiempo que pretendia
en palacio, astrología.

Don García.

Luego has pretendido?

Tristan.

Fuí
pretendiente, por mi mal.

Don García.

Cómo en servir has parado?

Tristan.

Señor, porque me han faltado
la fortuna y el caudal;
aunque quien te sirve, en vano
por mejor suerte suspira.

Don García.

Deja lisonjas, y mira
el marfil de aquella mano,
el divino resplandor

de aquellos ojos, que juntas
despiden entre las puntas
flechas de muerte y amor.

Tristan.

¿Dices aquella señora
que va en el coche?

Don García.

¿Pues cuál
merece alabanza igual?

Tristan.

¡Qué bien encajaba agora
eso de coche del sol,
con todos sus adherentes
de rayos de fuego ardientes
y deslumbrante arrebol!

Don García.

La primer dama que ví
en la corte, me agradó.

Tristan.

La primera en tierra?

Don García.

No,
la primera en cielo sí;
que es divina esta mujer.

Tristan.

Por puntos las toparás
tan bellas, que no podrás
ser firme en un parecer.
Yo nunca he tenido aquí
constante amor ni deseo;
que siempre por la que veo
me olvido de la que ví.

Don García.

¿Dónde ha de haber resplandores
que borren los destos ojos?

Tristan.

Míraslos ya con antojos,
que hacen las cosas mayores.

Don García.

Conoces, Tristan?....

Tristan.

No humanes

lo que por divino adoras;
porque tan altas señoras
no tocan á los Tristanes.

Don García.

Pues yo al fin, quien fuere sea,
la quiero, y he de servilla.
Tú puedes, Tristan, seguilla.

Tristan.

Detente; que ella se apea
en la tienda.

Don García.

Llegar quiero.
Úsase en la corte?

Tristan.

Sí,
con la regla que te dí,
de que es el polo el dinero.

Don García.

Oro traigo.

Tristan.

Cierra, España;
que á César llevas contigo.—
Mas mira si en lo que digo
mi pensamiento se engaña.
Advierte, señor, si aquella
que tras ella sale agora,
puede ser sol de su aurora,
ser aurora de su estrella.

Don García.

Hermosa es tambien.

Tristan.

Pues mira
si la criada es peor.

Don García.

El coche es arco de amor,
y son flechas cuantas tira.
Yo llego.

Tristan.

A lo dicho advierte.

Don García.

Y es?

Tristan.

Que á la mujer rogando,
y con el dinero dando.

Don García.

Consista en eso mi suerte!

Tristan.

Pues yo, miéntras hablas, quiero
que me haga relacion
el cochero, de quien son.

Don García.

Dirálo?

Tristan.

Sí; que es cochero. (*Vase.*)

Salen Jacinta, Lucrecia *é* Isabel *con mantos.*
Cae Jacinta, *y llega* don García *y dale la mano.*

Jacinta.

Válgame Dios!

Don García.

Esta mano
os servid de que os levante,
si merezco ser atlante
de un cielo tan soberaao.

Jacinta.

Atlante debeis de ser,
pues le llegais á tocar.

Don García.

Una cosa es alcanzar
y otra cosa merecer.
¿Qué vitoria es la beldad
alcanzar, por quien me abraso,
si es favor que debo al caso,
y no á vuestra voluntad?
Con mi propria mano así
el cielo; ¿mas qué importó,
si ha sido porque él cayó,
y no porque yo subí?

Jacinta.

¿Para qué fin se procura
merecer?

Don García.

Para alcanzar.

Jacinta.

Llegar al fin sin pasar
por los medios, no es ventura?

Don García.

Sí.

Jacinta.

Pues ¿cómo estais quejoso
del bien que os ha sucedido,
si el no haberlo merecido
os hace mas venturoso?

Don García.

Porque ¿como las acciones
del agravio y el favor
reciben todo el valor
solo de las intenciones,
por la mano que os toqué
no estoy yo favorecido,
si haberlo vos consentido
con esa intencion no fué.
Y así sentir me dejad
que cuando tal dicha gano,
venga sin alma la mano
y el favor sin voluntad.

Jacinta.

Si la vuestra no sabía,
de que agora me informais,
injustamente culpais
los defetos de la mia.

Sale Tristan.

Tristan. (*Ap.*)

El cochero hizo su oficio.
Nuevas tengo de quién son.

Don García.

¿Que hasta aquí de mi aficion
nunca tuvistes indicio?

Jacinta.

Cómo, si jamás os ví?

Don García.

¿Tan poco ha valido, ay Dios!
mas de un año, que por vos
he andado fuera de mí?

Tristan. (*Ap.*)
¡Un año, y ayer llegó
á la corte!
Jacinta.
Bueno á fe!
Mas de un año? Juraré
que no os ví en mi vida yo.
Don García.
Cuando del indiano suelo
por mi dicha llegué aquí,
la primer cosa que ví
fué la gloria de ese cielo;
y aunque os entregué al momento
el alma, habéislo ignorado,
porque ocasion me ha faltado
de deciros lo que siento.
Jacinta.
Sois indiano?
Don García.
Y tales son
mis riquezas pues os ví,
que al minado potosí
le quito la presuncion.
Tristan. (*Ap.*)
Indiano!
Jacinta.
¿Y sois tan guardoso
como la fama los hace?
Don García.
Al que mas avaro nace
hace el amor dadivoso.
Jacinta.
¿Luego, si decis verdad,
preciosas ferias espero?
Don García.
Si es que ha de dar el dinero
crédito á la voluntad,
serán pequeños empleos
para mostrar lo que adoro,
daros tantos mundos de oro
como vos me dais deseos.
Mas ya que ni al merecer

de esa divina beldad.
ni á mi inmensa voluntad
ha de igualar el poder,
por lo ménos os servid
que esta tienda que os franqueo,
dé señal de mi deseo.

Jacinta.

(*Ap.* No ví tal hombre en Madrid.)
Lucrecia, ¿qué te parece (*Ap. á ella.*)
del indiano liberal?

Lucrecia.

Que no te parece mal,
Jacinta, y que lo merece.

Don García.

Las joyas que gusto os dan,
tomad deste aparador.

Tristan. (*Ap. á su amo.*)

Mucho te arrojas, señor.

Don García.

Estoy perdido, Tristan.

Isabel. (*Ap. á las damas.*)

Don Juan viene.

Jacinta.

Yo agradezco,
señor, lo que me ofreceis.

Don García.

Mirad que me agraviareis
si no lograis lo que ofrezco.

Jacinta.

Yerran vuestros pensamientos,
caballero, en presumir
que puedo yo recibir
mas que los ofrecimientos.

Don García.

¿Pues qué ha alcanzado de vos
el corazon que os he dado?

Jacinta.

El haberos escuchado.

Don García.

Yo lo estimo.

Jacinta.

A Dios.

Don García.

A Dios;
y para amaros, me dad
licencia.

Jacinta.

Para querer,
no pienso que ha menester
licencia la voluntad.

(*Vanse las mujeres.*)

Don García. (*A Tristan.*)

Síguelas.

Tristan.

Si te fatigas,
señor, por saber la casa
de la que en amor te abrasa,
ya la sé.

Don García.

Pues no las sigas;
que suele ser enfadosa
la diligencia importuna.

Tristan.

"Doña Lucrecia de Luna
se llama la mas hermosa,
que es mi dueño, y la otra dama
que acompañándola viene,
sé donde la casa tiene;
mas no sé como se llama."
Esto respondió el cochero.

Don García.

Si es Lucrecia la mas bella,
no hay mas que saber, pues ella
es la que habló, y la que quiero;
que como el autor del dia
las estrellas deja atras,
de esa suerte á las demas
la que me cegó, vencia.

Tristan.

Pues á mí la que calló
me pareció mas hermosa.

Don García.

Qué buen gusto!

Tristan.

Es cierta cosa
que no tengo voto yo;
mas soy tan aficionado
á cualquier mujer que calla,
que bastó para juzgalla
mas hermosa, haber callado.
Mas dado, señor, que estés
errado tú, presto espero,
preguntándole al cochero
la casa, saber quién es.

Don García.

Y Lucrecia ¿dónde tiene
la suya?

Tristan.

Que á la Vitoria
dijo, si tengo memoria.

Don García.

Siempre ese nombre conviene
á la esfera venturosa,
que da eclíptica á tal luna.

Salen don Juan y don Félix *por otra parte.*

Don Juan. (*A Don Félix.*)

Música y cena? Ah fortuna!

Don García.

No es este don Juan de Sosa?

Tristan.

El mismo.

Don Juan.

¿Quién puede ser
el amante venturoso
que me tiene tan celoso?

Don Félix.

Que lo vendreis á saber
á pocos lances, confio.

Don Juan.

¡Que otro amante le haya dado
á quien mia se ha nombrado,
música y cena en el rio!

Don García.

Don Juan de Sosa!

Don Juan.

Quién es?

Don García.

Ya olvidais á don García?

Don Juan.

Veros en Madrid lo hacia,
y el nuevo traje.

Don García.

Despues
que en Salamanca me vistes,
muy otro debo de estar.

Don Juan.

Mas galan sois de seglar
que de estudiante lo fuistes.
Venís á Madrid de asiento?

Don García.

Sí.

Don Juan.

Bien venido seais.

Don García.

Vos, don Félix, cómo estais?

Don Félix.

De veros, por Dios, contento.
Vengais bueno en enhorabuena.

Don García.

Para serviros. Qué haceis?
De qué hablais? En qué entendeis?

Don Juan.

De cierta música y cena
que en el rio dió un galan
esta noche á una señora,
era la plática agora.

Don García.

Música y cena, don Juan!
Y anoche?

Don Juan.

Sí.

Don García.

Mucha cosa?
Grande fiesta?

Don Juan.

Así es la fama.

Don García.

Y muy hermosa la dama?

Don Juan.

Dicenme que es muy hermosa.

Don García.

Bien!

Don Juan.

Qué misterios haceis?

Don García.

De que alabeis por tan buena
esa dama y esa cena,
si no es que alabando esteis
mi fiesta y mi dama así.

Don Juan.

¿Pues tuvistes tambien boda
anoche en el rio?

Don García.

Toda
en eso la consumí.

Tristan. (*Ap.*)

¿Qué fiesta ó qué dama es esta,
si á la corte llegó ayer?

Don Juan.

¿Ya teneis á quien hacer,
tan recien venido, fiesta?
Presto el amor dió con vos.

Don García.

No há tan poco que he llegado,
que un mes no haya descansado.

Tristan. (*Ap.*)

Ayer llegó, voto á Dios.
El lleva alguna intencion.

Don Juan.

No lo he sabido á fe mia;
que al punto acudido habria
á cumplir mi obligacion.

Don García.

He estado hasta aquí secreto.

Don Juan.

Esa la causa habrá sido

de no haberlo yo sabido.
Pero la fiesta en efeto,
fué famosa ?

Don García.

Por ventura
no la vió mejor el rio.

Don Juan.

(*Ap.* Ya de zelos desvarío.)
¿Quién duda que la espesura
del Sotillo el sitio os dió ?

Don García.

Tales señas me vais dando ,
don Juan , que voy sospechando
que la sabeis como yo.

Don Juan.

No estoy del todo ignorante,
aunque todo no lo sé.
Dijéronme no sé qué
confusamente, bastante
á tenerme deseoso
de escucharos la verdad :
forzosa curiosidad
en un cortesano ocioso....
(*Ap.* ó en un amante con celos.)

Don Félix. (*A don Juan ap.*)

Advertid cuán sin pensar
os han venido á mostrar
vuestro contrario los cielos.

Don García,

Pues á la fiesta atended,
contaréla , ya que veo
que os fatiga ese deseo.

Don Juan.

Haréisnos mucha merced.

Don García.

Entre las opacas sombras
y opacidades espesas
que el Soto formaba de olmos
y la noche de tinieblas ,
se ocultaba una cuadrada ,
limpia y olorosa mesa ,
á lo italiano curiosa,

á lo español opulenta.
En mil figuras prensados
manteles y servilletas,
solo envidiaban las almas
á las aves y á las fieras.
Cuatro aparadores, puestos
en cuadra correspondencia,
la plata blanca y dorada,
vidrios y barros ostentan.
Quedó con ramas un olmo
en todo el Sotillo apénas;
que dellas se edificaron
en varias partes seis tiendas.
Cuatro coros diferentes
ocultan las cuatro de dellas:
otra principios y postres,
y las viandas la sexta.
Llegó en su coche mi dueño,
dando envidia á las estrellas,
á los aires suavidad
y alegría á la ribera.
Apénas el pié que adoro
hizo esmeraldas la yerba,
hizo cristal la corriente,
las arenas hizo perlas;
cuando en copia disparados
cohetes, bombas y ruedas,
toda la region del fuego
bajó en un punto á la tierra.
Aun no las sulfúreas luces
se acabaron, cuando empiezan
las de veinte y cuatro antorchas
á obscurecer las estrellas.
Empezó primero el coro
de chirimías, tras ellas
el de las vihuelas de arco
sonó en la segunda tienda,
salieron con suavidad
las flautas de la tercera,
y en la cuarta cuatro voces
con guitarras y arpas suenan.
Entretanto se sirvieron

treinta y dos platos de cena,
sin los principios y postres,
que casi otros tantos eran.
Las frutas y las bebidas
en fuentes y tazas, hechas
del cristal que da el invierno
y el artificio conserva,
de tanta nieve se cubren,
que Manzanares sospecha,
cuando por el Soto pasa,
que camina por la Sierra.
El olfato no está ocioso
cuando el gusto se recrea;
que de espíritus suaves
de pomos y cazoletas,
y destilados sudores
de aromas, flores y yerbas,
en el Soto de Madrid
se vió la region sabea.
En un hombre de diamantes,
delicadas de oro flechas,
que mostrasen á mi dueño
su crueldad y mi firmeza,
al sauce, al junco y al mimbre
quitaron su preminencia;
que han de ser oro las pajas
cuando los dientes son perlas.
En esto juntos en folla
los cuatro coros comienzan
desde conformes distancias
á suspender las esferas:
tanto que envidioso Apolo
apresuró su carrera,
porque el principio del dia
pusiese fin á la fiesta.

Don Juan.

Por Dios, que la habeis pintado
de colores tan perfetas,
que no trocara el oirla
por haberme hallado en ella.

Tristan. (*Ap.*)

Válgate el diablo por hombre!

¡Qué tan de repente pueda
pintar un convite tal,
que á la verdad misma venza!

Don Juan. (*Ap. á don Félix.*)

Rabio de celos!

Don Félix.

No os dieron
del convite tales señas.

Don Juan.

¿Qué importa, si en la sustancia,
el tiempo y lugar concuerdan?

Don García.

Qué decís?

Don Juan.

Que fué el festin
mas célebre que pudiera
hacer Alejandro Magno.

Don García.

Oh! son niñerías estas,
ordenadas de repente.
Dadme vos que yo tuviera
para prevenirme, un dia;
que á las romanas y griegas
fiestas que al mundo admiraron,
nueva admiracion pusiera. (*Mira adentro.*)

Don Félix. (*A don Juan ap.*)

Jacinta es la del estribo
en el coche de Lucrecia.

Don Juan. (*A don Félix ap.*)

Los ojos à don García
se le van, por Dios, tras ella.

Don Félix.

Inquieto está y divertido.

Don Juan.

Ciertas son ya mis sospechas.

Don Juan y don García.

A Dios.

Don Félix.

Entrambos á un punto
fuistes á una cosa mesma.

(*Vanse don Juan y don Félix.*)

Tristan.

No vi jamás despedida
tan conforme y tan resuelta.

Don García.

Aquel cielo, primer móvil
de mis acciones, me lleva
arrebatado tras sí.

Tristan.

Disimula y ten paciencia;
que el mostrarse muy amante
ántes daña que aprovecha,
y siempre he visto que son
venturosas las tibiezas.
Las mujeres y los diablos
caminan por una senda;
que á las almas rematadas
ni las siguen ni las tientan;
que el tenellas ya seguras
les hace olvidase dellas,
y solo de las que pueden
escapárseles, se acuerdan.

Don García.

Es verdad; mas no soy dueño
de mí mismo.

Tristan.

Hasta que sepas
extensamente su estado,
no te entregues tan de veras,
que suele dar quien se arroja
creyendo las apariencias,
en un pantano cubierto
de verde, engañosa yerba.

Don García.

Pues hoy te informa de todo.

Tristan.

Eso queda por mi cuenta.
Y agora, ántes que reviente,
dime por Dios: ¿qué fin llevas
en las ficciones que he oido,
siquiera para que pueda
ayudarte? que cogernos
en mentira será afrenta.

Perulero te fingiste
con las damas.

Don García.

Cosa es cierta,
Tristan, que los forasteros
tienen mas dicha con ellas;
y mas si son de las Indias,
informacion de riqueza.

Tristan.

Ese fin está entendido;
mas pienso que el medio yerras,
pues han de saber al fin
quién eres.

Don García.

Cuando lo sepan
habré ganado en su casa
ó en su pecho ya las puertas
con este medio; y despues
yo me entenderé con ellas.

Tristan.

Digo que me has convencido,
señor. Mas agora venga
lo de haber un mes que estás
en la corte. ¿Qué fin llevas,
habiendo llegado ayer?

Don García.

Ya sabes tú que es grandeza
esto de estar encubierto,
ó retirado en su aldea,
ó en su casa descansando.

Tristan.

Vaya muy enhorabuena.
Lo del convite entra agora.

Don García.

Fingílo, porque me pesa
que piense nadie que hay cosa
que mover mi pecho pueda
á envidia ó admiracion,
pasiones que al hombre afrentan;
que admirarse es ignorancia,
como envidiar es bajeza.
Tú no sabes á qué sabe,

cuando llega un porta-nuevas
muy orgulloso á contar
una hazaña ó una fiesta,
taparle la boca yo
con otra tal, que se vuelva
con sus nuevas en el cuerpo,
y que reviente con ellas,

Tristan.

¡Caprichosa prevencion,
si bien peligrosa treta!
La fábula de la corte
serás, si la flor te entrevan.

Don García.

Quien vive sin ser sentido,
quien solo el número aumenta
y hace lo que todos hacen,
en qué difiere de bestia?
Ser famosos es gran cosa:
el medio cual fuere sea.
Nómbrenme á mí en todas partes
y murmúrenme si quiera;
pues uno por ganar nombre
abrasó el Templo de Efesia:
y al fin, es este mi gusto,
que es la razon de mas fuerza.

Tristan.

Juveniles opiniones
sigue tu ambiciosa idea,
y cerrar has menester
en la corte la mollera. (*Vanse.*)

SALA EN CASA DE DON SANCHO.

Salen Jacinta *é* Isabel *con mantos*, *y* don Beltran *y* don Sancho.

Jacinta.

Tan grande merced!

Don Beltran.

No ha sido
amistad de solo un dia
la que esta casa y la mia,
si os acordais, se han tenido:

y así no es bien que extrañeis
mi visita.

Jacinta.

Si me espanto,
es, señor, por haber tanto
que merced no nos haceis.
Perdonadme; que ignorando
el bien que en casa tenia,
me tardé en la platería,
ciertas joyas concertando.

Don Beltran.

Feliz pronóstico dais
al pensamiento que tengo,
pues cuando á casaros vengo,
comprando joyas estais.
Con don Sancho vuestro tio
tengo tratado, señora,
hacer parentesco agora
nuestra amistad; y confio
(puesto que como discreto
dice don Sancho que es justo
remitirse á vuestro gusto)
que esto ha tener efeto.
Que pues es la hacienda mia
y calidad tan patente,
solo falta que os contente
la persona de García;
y aunque ayer á Madrid vino
de Salamanca el mancebo,
y de envidia el rubio Febo
le ha abrasado en el camino,
bien me atreveré á ponello
ante vuestros ojos claros,
fiando que ha de agradaros
desde la planta al cabello,
si licencia le otorgais
para que os bese la mano.

Jacinta.

Encarecer lo que gano
en la mano que me dais,
si es notorio, es vano intento;
que estimo de tal manera

las prendas vuestras, que diera
luego mi consentimiento,
á no haber de parecer
(por mucho que en ello gano)
arrojamiento liviano
en una honrada mujer;
que el breve determinarse
en cosas de tanto peso,
ó es tener muy poco seso
ó gran gana de casarse.
Y en cuanto á que yo lo vea,
me parece, si os agrada,
que para no arriesgar nada,
pasando la calle sea.
Que si como puede ser,
y sucede á cada paso,
despues de tratallo, acaso
se viniese á deshacer,
¿de qué me hubiera servido,
ó que opinion me darán
las visitas de un galan
con licencia de marido?

Don Beltran.

Ya por vuestra gran cordura,
si es mi hijo vuestro esposo,
le tendré por tan dichoso
como por vuestra hermosura.

Don Sancho.

De prudencia puede ser
un espejo la que oís.

Don Beltran.

No sin causa os remitís,
don Sancho, á su parecer.
Esta tarde con García
á caballo pasaré
vuestra calle.

Jacinta.

Yo estaré
detrás desa celosía.

Don Beltran.

Que le mireis bien os pido;
que esta noche he de volver,

Jacinta hermosa, á saber
cómo os haya parecido.

Jacinta.

Tan apriesa?

Don Beltran.

Este cuidado
no admireis; que ya es forzoso;
pues si vine deseoso,
vuelvo agora enamorado.
Y á Dios.

Jacinta.

A Dios.

Don Beltran.

Dónde vais?

Don Sancho.

A serviros.

Don Beltran.

No saldré.

Don Sancho.

Al corredor llegaré
con vos, si licencia dais.
(*Vanse don Sancho y don Beltran.*)

Isabel.

Mucha priesa te dá el viejo.

Jacinta.

Yo se la diera mayor,
pues tan bien le está á mi honor,
si á diferente consejo
no me obligara el amor;
que aunque los impedimentos
del hábito de don Juan,
dueño de mis pensamientos,
forzosa causa me dan
de admitir otros intentos;
como su amor no despido,
por mucho que lo deseo,
que vive en el alma asido;
tiemblo, Isabel, cuando creo
que otro ha de ser mi marido.

Isabel.

Yo pensé que ya olvidabas
á don Juan, viendo que dabas

lugar á otras pretensiones.

Jacinta.

Cáusanlo estas ocasiones,
Isabel : no te engañabas;
que como há tanto que está
el hábito detenido,
y no ha de ser mi marido
si no sale, tengo ya
este intento por perdido.
Y así para no morirme,
quiero hablar y divertirme,
pues en vano me atormento;
que en un imposible intento
no apruebo el morir de firme.
Por ventura encontraré
alguno tal, que merezca
que mano y alma le dé.

Isabel.

No dudo que el tiempo ofrezca
sujeto digno á tu fe;
y si no me engaño yo,
hoy no te desagradó
el galan indiano.

Jacinta.

Amiga,
quieres que verdad te diga?
Pues muy bien me pareció,
y tanto que te prometo
que si fuera tan discreto,
tan gentil hombre y galan
el hijo de don Beltran,
tuviera la boda efeto.

Isabel.

Esta tarde le verás
con su padre por la calle.

Jacinta.

Veré solo el rostro y talle:
el alma, que importa mas,
quisiera ver con hablalle.

Isabel.

Háblale.

Jacinta.

Hase de ofender
don Juan, si llega á sabello,
y no quiero, hasta saber
que de otro dueño he de ser,
determinarme á perdello.

Isabel.

Pues da algun medio, y advierte
que siglos pasas en vano,
y conviene resolverte;
que don Juan es desta suerte
el perro del hortelano.
Sin que lo sepa don Juan,
podrás hablar, si tú quieres,
al hijo de don Beltran;
que, como en su centro, están
las trazas en las mujeres.

Jacinta.

Una pienso que podria
en este caso importar.
Lucrecia es amiga mia:
ella puede hacer llamar
de su parte á don García;
que como secreta esté
yo con ella en su ventana,
este fin conseguiré.

Isabel.

Industria tan soberana
solo de tu ingenio fué.

Jacinta.

Pues parte al punto, y mi intento
le dí á Lucrecia, Isabel.

Isabel.

Sus alas tomaré al viento.

Jacinta.

La dilacion de un momento
le dí, que es un siglo en él.

Sale don Juan, *y encuentra á* Isabel *al salir.*

Don Juan.

Puedo hablar á tu señora?

Isabel.

Solo un momento ha de ser;
que de salir á comer
mi señor don Sancho es hora. (*Vase.*)

Don Juan.

Ya, Jacinta, que te pierdo,
ya que yo me pierdo ya.....

Jacinta.

Estás loco?

Don Juan.

¿Quién podrá
estar con tus cosas cuerdo?

Jacinta.

Repórtate y habla paso;
que está en la cuadra mi tio.

Don Juan.

Cuando á cenar vas al rio,
cómo haces dél poco caso?

Jacinta.

Qué dices? Estás en tí?

Don Juan.

Cuando para trasnochar
con otro tienes lugar,
tienes tio para mí?

Jacinta.

Trasnochar con otro? Advierte
que aunque eso fuese verdad,
erá mucha libertad
hablarme á mí desa suerte:
cuanto mas que es desvario
de tu loca fantasía.

Don Juan.

Ya sé que fué don García
el de la fiesta del rio;
ya los fuegos que á tu coche,
Jacinta, la salva hicieron;
ya las antorchas que dieron
sol al Soto á media noche;
ya los cuatro aparadores
con bajillas variadas,
las cuatro tiendas pobladas
de instrumentos y cantores.

Todo lo sé, y sé que el dia
te halló, enemiga, en el rio.
Dí agora que es desvario
de mi loca fantasía.
Dí agora que es libertad
el tratarte desta suerte,
cuando obligan á ofenderte
mi agravio y tu liv andad..

Jacinta.

Plega á Dios! ..

Don Juan.

Deja invenciones:
calla, no me digas nada;
que en ofensa averiguada
no sirven satisfacciones.
Ya, falsa, ya sé mi daño:
no niegues que te he perdido;
tu mudanza me ha ofendido,
no me ofende el desengaño.
Y aunque niegues lo que oí,
lo que ví confesarás;
que hoy lo que negando estás,
en sus mismos ojos ví.
Y su padre? ¿Qué queria
agora aquí? Qué te dijo?
¿De noche estás con el hijo,
y con el padre de dia?
Yo lo ví, ya mi esperanza
en vano engañar dispones;
ya sé que tus dilaciones
son hijas de tu mudanza.
Mas, cruel, ¡viven los cielos,
que no has de vivir contenta!
Abrásete, pues revienta
este volcan de mis celos.
El que me hace desdichado,
te pierda, pues yo te pierdo.

Jacinta.

Tú eres cuerdo?

Don Juan.

¿Cómo cuerdo,
amante y desesperado?

Jacinta.

Vuelve, escucha; que si vale
la verdad, presto verás
cuán mal informado estás.

Don Juan.

Voyme; que tu tio sale.

Jacinta.

No sale. Escucha, que fio
satisfacerte.

Don Juan.

Es en vano,
si aquí no me dás la mano.

Jacinta.

La mano? Sale mi tio.

ACTO SEGUNDO.

SALA EN CASA DE DON BELTRAN.

Salen don García *en cuerpo leyendo un papel*, Tristan y Camino.

Don García. (*Lee*).

La fuerza de una ocasion me hace exceder del órden de mi estado. Subrála vuestra merced esta noche por un balcon que le enseñará el portador, con lo demas que no es para escrito; y guarde nuestro Señor, etc.

Quién este papel me escribe?
Camino.
Doña Lucrecia de Luna.
Don García.
El alma sin duda alguna
que dentro en mi pecho vive.
¿No es esta una dama hermosa,
que hoy ántes de medio dia
estaba en la Platería?
Camino.
Sí señor.
Don García.
Suerte dichosa!
Informadme, por mi vida,
de las partes desta dama.
Camino.
Mucho admiro que su fama
esté de vos escondida.
Porque la habeis visto, dejo
de encarecer que es hermosa:
es discreta y virtuosa,
su padre es viudo y es viejo,
dos mil ducados de renta
los que ha de heredar serán,
bien hechos.

Don García.

Oyes, Tristan?

Tristan.

Oigo y no me descontenta.

Camino.

En cuanto á ser principal,
no hay que hablar: Luna es su padre,
y fué Mendoza su madre,
tan finos como un coral.
Doña Lucrecia, en efeto,
merece un rey por marido.

Don García.

¡Amor, tus alas te pido
para tan alto sujeto!
Dónde vive?

Camino.

A la Vitoria.

Don García.

Cierto es mi bien. Que sereis,
dice aquí, quien me guieis
el cielo de tanta gloria.

Camino.

Serviros pienso á los dos.

Don García.

Y yo lo agradeceré.

Camino.

Esta noche volveré
en dando las diez, por vos.

Don García.

Eso le dad por respuesta
á Lucrecia.

Camino.

Adios quedad. (*Vase.*)

Don García.

Cielos, ¿qué felicidad,
amor, qué ventura es esta?
¿Ves, Tristan, como llamó
la mas hermosa el cochero
á Lucrecia, á quien yo quiero?
que es cierto que quien me habló
es la que el papel me envia.

Tristan.

Evidente presuncion.

Don García.

Que la otra ¿qué ocasion
para escribirme tenia?

Tristan.

Y á todo mal suceder,
presto de dudas saldrás;
que esta noche la podrás
en el habla conocer.

Don García.

Y que no me engañe es cierto,
segun dejó en mi sentido
impreso el dulce sonido
de la voz con que me ha muerto.

Sale un Paje con un papel y dálo á don García.

Paje.

Este, señor don García,
es para vos.

Don García.

No esté así.

Paje.

Criado vuesto nací.

Don García.

Cúbrase por vida mia.
(*Lee á solas.*)
«*Averiguar cierta cosa*
importante á solas quiero
con vos: á las siete espero
en San Blas. Don Juan de Sosa.»
(*Ap.* Válgame Dios! Desafio!
¿Qué causa puede tener
don Juan, si yo vine ayer,
y él es tan amigo mio?)
Decid al señor don Juan
que esto será así. (*Vase el Paje.*)

Tristan.

Señor,
mudado estás de color,
Qué ha sido?

Don García.
Nada, Tristan.
Tristan.
No puedo saberlo?
Don García.
No.
Tristan. (*Ap.*)
Sin duda es cosa pesada.
Don García.
Dame la capa y espada. (*Vase Tristan.*)
¿Qué causa le he dado yo?

Sale don Beltran.

Don Beltran.
García....
Don García.
Señor....
Don Beltran.
Los dos
á caballo hemos de andar
juntos hoy; que he de tratar
cierto negocio con vos.
Don García.
Mandas otra cosa?

Sale Tristan *y dale de vestir á* don García.

Don Beltran.
¿A dónde
vais cuando el sol echa fuego?
Don García.
Aquí á los trucos me llego
de nuestro vecino el Conde.
Don Beltran.
No apruebo que os arrojeis,
siendo venido de ayer,
á daros á conocer
á mil que no conoceis,
si no es que dos condiciones
guardeis con mucho cuidado,
y son, que jugueis contado,
y hableis contadas razones.
Puesto que mi parecer

es este, haced vuestro gusto:

Don García.

Seguir tu consejo es justo.

Don Beltran.

Haced que á vuestro placer
aderezo se prevenga
á un caballo para vos.

Don García.

A ordenallo voy. (*Vase.*)

Don Beltran.

Adios.
(*Ap.* ¡Que tan sin gusto me tenga
lo que su ayo me dijo!)
¿Has andado con García,
Tristan?

Tristan.

Señor, todo el dia.

Don Beltran.

Sin mirar en que es mi hijo,
si es que el ánimo fiel,
que siempre en tu pecho he hallado
agora mo te ha faltado,
me dí lo que sientes dél.

Tristan.

¿Qué puedo yo haber sentido
eu un término tan breve?

Don Beltran.

Tu lengua es quien no se atreve;
que el tiempo bastante ha sido,
y mas á tu entendimiento.
Dímelo, por vida mia,
sin lisonja.

Tristan.

Don García,
mi señor, á lo que siento;
(que he de decirte verdad,
pues que tu vida has jurado)...

Don Beltran.

Desa suerte has obligado
siempre á tí mi voluntad.

Tristan.

Tiene un ingenio excelente

con pensamientos sutiles;
mas caprichosos juveniles
con arrogancia imprudente.
De Salamanca reboza
la leche, y tiene en los labios
los contagiosos resabios
de aquella caterva moza,
aquel hablar arrojado,
mentir sin recato y modo,
aquel jactarse de todo,
y hacerse en todo extremado.
Hoy en término de un hora
echó cinco ó seis mentiras.

Don Beltran.

Válgame Dios!

Tristan.

Qué te admiras?
Pues lo peor falta agora;
que son tales, que podrá
cogerle en ellas cualquiera.

Don Beltran.

Ay Dios!

Tristan.

Yo no te dijera
lo que tal pena te da,
á no ser de tí forzado.

Don Beltran.

Tu fe conozco y tu amor.

Tristan.

A tu prudencia, señor,
advertir será excusado
el riesgo que correr puedo,
si esto sabe don García,
mi señor.

Don Beltran.

De mi confia:
pierde, Tristan, todo el miedo.
Manda luego aderezar
los caballos. Santo Dios, (*Vase Tristan.*)
pues esto permitis vos,
esto debe de importar.
¡A un hijo solo, á un consuelo

que en la tierra le quedó
á mi vejez triste, dió
tan gran contrapeso el cielo!
Ahora bien, siempre tuvieron
los padres disgustos tales;
siempre vieron muchos males
los que mucha edad vivieron.
Paciencia: hoy he de acabar,
si puedo, su casamiento:
con la brevedad intento
este daño remediar,
ántes que su liviandad
en la corte conocida,
los casamientos le impida
que pide su calidad.
Por dicha, con el cuidado
que tal estado acarrea,
de una costumbre tan fea
se vendrá á ver enmendado;
que es vano pensar que son
el reñir y aconsejar
bastantes para quitar
una fuerte inclinacion.

Sale Tristan.

Tristan.

Ya los caballos están,
viendo que salir procuras,
probando las herraduras
en las guijas del zaguan;
porque con las esperanzas
de tan gran fiesta, el overo
á solas está primero
ensayando sus mudanzas,
y el vayo, que ser procura
émulo al dueño que lleva,
estudia con alma nueva
movimiento y compostura.

Don Beltran.

Avisa, pues, á García.

Tristan.

Ya te espera tan galan,
que en la corte pensarán

que á estas horas sale el dia. (*Vanse.*)

SALA EN CASA DE DON SANCHO.

Salen Isabel *y* Jacinta.

Isabel.

La pluma tomó al momento
Lucrecia, en ejecucion
de tu agudo pensamiento,
y esta noche en su balcon
para tratar cierto intento
le escribió que aguardaria,
para que puedas en él
platicar con don García.
Camino llevó el papel,
persona de quien se fia.

Jacinta.

Mucho Lucrecia me obliga.

Isabel.

Muestra en cualquier ocasion
ser tu verdadera amiga.

Jacinta.

Es tarde?

Isabel.

Las cinco son.

Jacinta.

Aun durmiendo me fatiga
la memoria de don Juan;
que esta siesta le he soñado
celoso de otro galan. (*Miran adentro.*)

Isabel.

Ay, Señora! Don Beltran,
y el perulero á su lado!

Jacinta.

Qué dices?

Isabel.

Digo que aquel
que hoy te habló en la Platería,
viene á caballo con él.
Mírale.

Jacinta.

Por vida mia

que dices verdad, que es él.
Hay tal! ¿Cómo el embustero
se nos fingió perulero,
si es hijo de don Beltran?

Isabel.

Los que intentan, siempre dan
gran presuncion al dinero,
y con ese medio hallar
entrada en tu pecho quiso;
que debió de imaginar
que aquí le ha de aprovechar
mas ser Midas que Narciso.

Jacinta.

En decir que há que me vió
un año, tambien mintió,
porque don Beltran me dijo
que ayer á Madrid su hijo
de Salamanca llegó.

Isabel.

Si bien lo miras, señora,
todo verdad puede ser;
que entónces te pudo ver,
irse de Madrid, y agora
de Salamanca volver.
Y cuando no, ¿qué te admira
que quien á obligar aspira
prendas de tanto valor,
para acreditar su amor
se valga de una mentira?
Demas que tengo por llano,
si no miente mi sospecha,
que no lo encarece en vano;
que hablarte hoy su padre es flecha
que ha salido de su mano.
No ha sido, señora mia,
acaso que el mismo dia
que él te vió y mostró quererte,
venga su padre á ofrecerte
por esposo á don García.

Jacinta.

Dices bien; mas imagino
que el término que pasó

desde que el hijo me habló
hasta que su padre vino,
fué muy breve.

Isabel.

Él conoció
quien eres, encontraria
su padre en la Platería,
hablóle, y él, que no ignora
tus calidades, y adora
justamente á don García,
vino á tratarlo al momento.

Jacinta.

Al fin, como fuere sea.
De sus partes me contento,
quiere el padre, él me desea:
dá por hecho el casaminnto. (*Vanse.*)

PASEO DE ATOCHA.

Salen Don Beltran *y* don García.

Don Beltran.

Qué os parece?

Don García.

Que animal
no ví mejor en mi vida.

Don Beltran.

Linda bestia!

Don García.

Corregida,
de espíritu racional.
Qué contento y bizarría!

Don Beltran.

Vuestro hermano don Gabriel,
que perdone Dios, en él
todo su gusto tenia.

Don García.

Ya que convida, señor,
de Atocha la soledad,
declara tu voluntad.

Don Beltran.

Mi pena direis mejor.

Sois caballero García?

Don García.

Téngome por hijo vuestro.

Don Beltran.

¿Y basta ser hijo mio
para ser vos caballero?

Don García.

Yo pienso, señor, que sí.

Don Beltran.

Qué engañado pensamiento!
Solo consiste en obrar
como caballero, el serlo.
¿Quién dió principio á las casas
nobles? Los ilustres hechos
de sus primeros autores.
Sin mirar sus nacimientos,
hazañas de hombres humildes
honraron sus herederos.
Luego en obrar mal ó bien
está el ser malo ó ser bueno.
Es así?

Don García.

Que las hazañas
dén nobleza, no lo niego;
mas no negueis que sin ellas
tambien la dá el nacimiento.

Don Beltran.

Pues si honor puede ganar
quién nació sin él, ¿no es cierto
que por el contrario puede,
quien con él nació, perdello?

Don García.

Es verdad.

Don Beltran.

Luego si vos
obrais afrentosos hechos,
aunque seais hijo mio,
dejais de ser caballero:
luego si vuestras costumbres
os infaman en el pueblo,
no importan paternas armas,
no sirven altos abuelos.

¿Qué cosa es que la fama
diga á mis oidos mesmos
que á Salamanca admiraron
vuestras mentiras y enredos?
Qué caballero, y qué nada!
Si afrenta al noble y plebeyo
solo el decirle que miente,
decid, ¿qué será el hacerlo,
si vivo sin honra yo,
segun los humanos fueros,
miéntras de aquel que me dijo
que mentia, no me vengo?
¿Tan larga teneis la espada,
tan duro teneis el pecho,
que pensais poder vengaros,
diciéndolo todo el pueblo?
¿Posible es que tenga un hombre
tan humildes pensamientos,
que viva sujeto al vicio
mas sin gusto y sin provecho?
El deleite natural
tiene á los lascivos presos;
obliga á los codiciosos
el poder que da el dinero;
el gusto de los manjares
al gloton; el pasatiempo
y el cebo de la ganancia
á los que cursan el juego;
su venganza al homicida,
al robador su remedio;
la fama y la presuncion
al que es por la espada inquieto:
todos los vicios al fin
ó dan gusto ó dan provecho;
mas de mentir ¿qué se saca
sino infamia y menosprecio?

Don García.

Quien dice que miento yo
ha mentido.

Don Beltran.

Tambien eso
es mentir; que aun desmentir

no sabeis, sino mintiendo.

Don García.

Pues si dais en no creerme.

Don Beltran.

¿ No seré necio si creo
que vos decís verdad solo,
y miente el lugar entero?
Lo que importa es desmentir
esta fama con los hechos,
pensar que este es otro mundo,
hablar poco y verdadero.
Mirad que estais á la vista
de un Rey tan santo y perfeto, (1)
que vuestros yerros no pueden
hallar disculpa en sus yerros;
que tratais aquí con grandes,
títulos y caballeros,
que si os saben la flaqueza
os perderán el respeto;
que teneis barba en el rostro,
que al lado ceñís acero,
que nacistes noble al fin,
y que yo soy padre vuestro:
y no he de deciros mas;
que esta sofrenada espero
que baste para quien tiene
calidad y entendimiento.
Y agora, porque entendais
que en vuestro bien me desvelo,
sabed que os tengo, García,
tratado un gran casamiento.

Don García. (Ap.)

Ay mi Lucrecia!

Don Beltran.

Jamás
pusieron, hijo, los cielos
tantas, tan divinas partes

---

(1) *Alusion á Felipe III, de la cual se infiere que esta comedia estaba escrita ántes del dia* 11 *de marzo de* 1621, *en que falleció aquel monarca.*

en un humano sujeto
como en Jacinta, la hija
de don Fernando Pacheco,
de quien mi vejez pretende
tener regalados nietos.

Don García. (*Ap.*)

¡Ay Lucrecia! si es posible
tú sola has de ser mi dueño.

Don Beltran.

Qué es esto? No respondeis?

Don García. (*Ap.*)

Tuyo he de ser, vive el cielo.

Don Beltran.

Qué os entristeceis? Hablad,
no me tengais mas suspenso.

Don García.

Entristézcome, porque es
imposible obedeceros.

Don Beltran.

Por qué?

Don García.

Porque soy casado.

Don Beltran.

Casado! Cielos! ¿qué es esto?
Cómo sin saberlo yo?

Don García.

Fué fuerza, y está secreto.

Don Beltran.

Hay padre mas desdichado!

Don García.

No os aflijais; que en sabiendo
la causa, señor, tendreis
por venturoso el efeto.

Don Beltran.

Acabad, pues; que mi vida
pende solo de un cabello.

Don García.

(*Ap.* Agora os he menester,
sutilezas de mi ingenio.)
En Salamanca, señor,
hay un caballero noble
de quien es la alcuña Herrera

y don Pedro el propio nombre.
A este dió el cielo otro cielo
por hija, pues con dos soles
sus dos purpúreas mejillas
hace claros horizontes.
Abrevio, por ir al caso,
con decir que cuantas dotes
pudo dar naturaleza
en tierna edad, la componen.
Mas la enemiga fortuna
observante en su desórden,
á sus méritos opuesta,
de sus bienes la hizo pobre;
que demas de que su casa
no es tan rica como noble,
al mayorazgo nacieron
ántes que ella dos varones.
A esta, pues, saliendo al rio
la ví una tarde en su coche,
que juzgara el de Faeton
si fuese Erídano el Tórmes.
No sé quien los atributos
del fuego en Cupido pone;
que yo de un súbito hielo
me sentí ocupar entónces.
¿Qué tienen que ver del fuego
las inquietudes y ardores,
con quedar absorta una alma,
con quedar un cuerpo inmóvil?
Caso fué verla forzoso;
viéndola, cegar de amores;
pues abrasado seguirla,
júzguelo un pecho de bronce.
Pasé su calle de dia,
rondé su calle de noche;
con terceros y papeles
le encarecí mis pasiones,
hasta que al fin condolida
ó enamorada responde,
porque tambien tiene amor
jurisdiccion en los dioses.
Fuí acrecentando finezas

y ella aumentando favores,
hasta ponerme en el cielo
de su aposento una noche.
Y cuando solicitaban
el fin de mi pena enorme
conquistando honestidades
mis ardientes pretensiones,
siento que su padre viene
á su aposento: llamóle,
porque jamás tal hacia,
mi fortuna aquella noche.
Ella turbada, animosa,
(mujer al fin) á empellones
mi casi difunto cuerpo
detras de su lecho esconde.
Llegó don Pedro, y su hija
fingiendo gusto, abrazóle
por negarle el rostro, en tanto
que cobraba sus colores.
Asentáronse los dos,
y él con prudentes razones
le propuso un casamiento
con uno de los Monroyes.
Ella honesta como cauta
de tal suerte le responde,
que ni á su padre resista
ni á mí, que la escucho, enoje.
Despidiéronse con esto;
y cuando ya casi pone
en el umbral de la puerta
el viejo los piés, entónces....
¡Mal haya, amén, el primero
que fué inventor de relojes!
Uno que llevaba yo,
á dar comenzó las doce.
Oyólo don Pedro, y vuelto
hácia su hija: ¿de dónde
vino ese reloj? le dijo.
Ella respondió: envióle
para que se le aderecen,
mi primo, don Diego Ponce,
por no haber en su lugar

relojero ni relojes.
Dádmele, dijo su padre,
porque yo ese cargo tome.
Pues entónces, doña Sancha,
que este es de la dama el nombre,
á quitármele del pecho
cauta y prevenida corre,
ántes que llegar él mismo
á su padre se le antoje.
Quitémele yo, y al darle,
quiso la suerte que toquen
á una pistola que tengo
en la mano, los cordones.
Cayó el gatillo, dió fuego,
al tronido desmayóse
doña Sancha, alborotado
el viejo empezó á dar voces.
Yo viendo el cielo en el suelo,
y eclipsados sus dos soles,
juzgué sin duda por muerta
la vida de mis acciones,
pensando que cometieron
sacrilegio tan enorme
del plomo de mi pistola
los breves volantes orbes.
Con esto, pues, despechado,
saqué rabioso el estoque:
fueran pocos para mí
en tal ocasion mil hombres.
A impedirme la salida
como dos bravos leones
con sus armas sus hermanos
y sus criados se oponen:
mas, aunque fácil por todos
mi espada y mi furia rompen,
no hay fuerza humana que impida
fatales disposiciones;
pues al salir por la puerta,
como iba arrimado, asióme
la alcayata de la aldaba
por los tiros del estoque.
Aquí para desasirme

fué fuerza que á tras me torne,
y entretanto mis contrarios
muros de espadas me oponen.
En esto cobró su acuerdo
Sancha; y para que se estorbe
el triste fin que prometen
estos sucesos atroces,
la puerta cerró animosa
del aposento, y dejóme
á mí con ella encerrado,
y fuera á mis agresores.
Arrimamos á la puerta
baules, arcas y cofres;
que al fin son de ardientes iras
remedio las dilaciones.
Quisimos hacernos fuertes;
mas mis contrarios feroces
ya la pared me derriban,
y ya la puerta me rompen.
Yo viendo que aunque dilate
no es posible que revoque
la sentencia de enemigos
tan agraviados y nobles;
viendo á mi lado la hermosa
de mis desdichas consorte,
y que hurtaba á sus mejillas
el temor sus arreboles;
viendo cuán sin culpa suya
conmigo fortuna corre,
pues con industria deshace
cuanto los hados disponen;
por dar premio á sus lealtades,
por dar fin á sus temores,
por dar remedio á mi muerte
y dar muerte á mis pasiones,
hube de darme á partido,
y pedirles que conformen
con la union de nuestras sangres
tan sangrientas disensiones.
Ellos que ven el peligro
y mi calidad conocen,
lo acetan, despues de estar

un rato entre sí discordes.
Partió á dar cuenta al obispo
su padre, y volvió con órden
de que el desposorio pueda
hacer cualquier sacerdote.
Hízose, y en dulce paz
la mortal guerra trocóse,
dándote la mejor nuera
que nació del Sur al Norte.
Mas en que tú no lo sepas
quedamos todos conformes,
por no ser con gusto tuyo
y por ser mi esposa pobre;
pero ya que fué forzoso
saberlo, mira si escoges
por mejor tenerme muerto,
que vivo y con mujer noble.

Don Beltran.

Las circunstancias del caso
son tales, que se conoce
que la fuerza de la suerte
te destinó esa consorte:
y así no te culpo en mas
que en callármelo.

Don García.

Temores
de darte pesar, señor,
me obligaron.

Don Beltran.

Si es tan noble,
qué importa que pobre sea?
¡Cuánto es peor que lo ignore,
para que habiendo empeñado
mi palabra, agora torne
con eso á doña Jacinta!
Mira en qué lance me pones!
Toma el caballo, y temprano
por mi vida te recoge;
porque despacio tratemos
de tus cosas esta noche.

Don García.

Iré á obedecerte, al punto

que toquen las oraciones.

(*Vase don Beltran.*)

Don García.

Dichosamente se ha hecho,
persuadido el viejo va:
ya del mentir no dirá
que es sin gusto y sin provecho;
pues es tan notorio gusto
el ver que me haya creido,
y provecho haber huido
de casarme á mi disgusto.
¡Bueno fué reñir conmigo
porque en cuanto digo miento,
y dar crédito al momento
á cuantas mentiras digo!
¡Qué fácil de persuadir,
quien tiene amor, suele ser!
¡Y qué fácil en creer
el que no sabe mentir!
Mas ya me aguarda don Juan.

(*A uno que está dentro.*)

Hola! llevad el caballo.
Tan terribles cosas hallo
que sucediéndome van,
que pienso que desvarío:
vine ayer, y en un momento
tengo amor y casamiento,
y causa de desafio.

Sale Don Juan.

Don Juan.

Como quien sois lo habeis hecho,
don García.

Don García.

¿Quién podia,
sabiendo la sangre mia,
pensar ménos de mi pecho?
Mas vamos, don Juan, al caso
porque llamado me habeis.
Decid, ¿qué causa teneis,
que por sabella me abraso,

de hacer este desafio?

Don Juan.

Esa dama á quien hicistes,
conforme vos me dijistes,
anoche fiesta en el rio,
es causa de mi tormento,
y es con quien dos años há,
que aunque se dilata, está
tratado mi casamiento.
Vos há un mes que estais aquí,
y deso, como de estar
encubierto en el lugar
todo ese tiempo de mí,
colijo que habiendo sido
tan público mi cuidado,
vos no lo habeis ignorado,
y así me habeis ofendido.
Con esto que he dicho, digo
cuanto tengo que decir;
y es que ó no habeis de seguir
el bien que há tanto que sigo,
ó si acaso os pareciere
mi peticion mal fundada,
se remita aquí á la espada,
y la sirva el que venciere.

Don García.

Pésame que sin estar
del caso bien informado,
os hayais determinado
á sacarme á este lugar.
La dama, don Juan de Sosa,
de mi fiesta, vive Dios,
que ni la habeis visto vos,
ni puede ser vuestra esposa;
que es casada esta mujer,
y há tan poco que llegó
á Madrid, que solo yo
sé que la he podido ver.
Y cuando esa hubiera sido,
de no verla mas os doy
palabra como quien soy,
ó quedar por fementido.

Don Juan.

Con eso se aseguró
la sospecha de mi pecho,
y he quedado satisfecho.

Don García.

Falta que lo quede yo;
que haberme desafiado
no se ha de quedar así.
Libre fue el sacarme aquí;
mas habiéndome sacado
me obligastes, y es forzoso,
puesto que tengo de hacer
como quien soy, no volver
sino muerto ó victorioso.

Don Juan.

Pensad, aunque mis desvelos
hayais satisfecho así,
que aun deja cólera en mí
la memoria de mis celos.
(*Sacan las espadas y acuchíllanse.*)

Sale don Félix.

Don Félix.

Deténganse, caballeros;
que estoy aquí yo.

Don García.

¡Que venga
agora quien me detenga!

Don Félix.

Vestid los fuertes aceros;
que fué falsa la ocasion
desta pendencia.

Don Juan.

Ya habia
dícholo así Don García;
pero por la obligacion
en que pone el desafio,
desnudó el valiente acero.

Don Félix.

Hizo como caballero
de tanto valor y brio;

y pues bien quedado habeis
con esto, merezca yo
que á quien de celoso erró,
perdon y la mano deis. (*Dánse las manos.*)

Don García.

Ello es justo, y lo mandais.
Mas mirad de aquí adelante,
en caso tan importante,
don Juan, cómo os arrojais.
Todo lo habeis de intentar
primero que el desafio;
que empezar es desvarío
por donde se ha de acabar. (*Vase.*)

Don Félix.

Extraña ventura ha sido
haber yo á tiempo llegado.

Don Juan.

Que en efeto me he engañado?

Don Félix.

Sí.

Don Juan.

De quién lo habeis sabido?

Don Félix.

Súpelo de un escudero
de Lucrecia.

Don Juan.

Decid, pues,
cómo fué.

Don Félix.

La verdad es
que fué el coche y el cochero
de doña Jacinta anoche
al Sotillo, y que tuvieron
gran fiesta las que en él fueron;
pero fué prestado el coche.
Y el caso fué que á las horas
que fué á ver Jacinta bella
á Lucrecia, ya con ella
estaban las matadoras,
las dos primas de la Quinta.

Don Juan.

Las que en el Cármen vivieron?

Don Félix.

Sí, pues ellas le pidieron
el coche á doña Jacinta,
y en él con la obscura noche
fueron al rio las dos;
pues vuestro paje, á quien vos
dejastes siguiendo el coche,
como en él dos damas vió
entrar cuando anochecia,
y noticia no tenia
de otra visita, creyó
ser Jacinta la que entraba
y Lucrecia.

Don Juan.

Justamente.

Don Félix.

Siguió el coche diligente,
y cuando en el Soto estaba,
entre la música y cena
lo dejó y volvió á buscaros
á Madrid, y fué el no hallaros
ocasion de tanta pena;
porque yendo vos allá
se deshiciera el engaño.

Don Juan.

En eso estuvo mi daño;
mas tanto gusto me dá
el saber que me engañé,
que doy por bien empleado
el disgusto que he pasado.

Don Félix.

Otra cosa averigüé,
que es bien graciosa.

Don Juan.

Decid.

Don Félix.

Es que el dicho don García
llegó ayer en aquel dia
de Salamanca á Madrid,
y en llegando se acostó
y durmió la noche toda,
y fué embeleco la boda

y festin que nos contó.

Don Juan.

Qué decis!

Don Félix.

Esto es verdad.

Don Juan.

Embustero es don García?

Don Félix.

Eso un ciego lo veria;
porque tanta variedad
de tiendas, aparadores,
bajillas de plata y oro,
tanto plato, tanto coro
de instrumentos y cantores,
no era mentira patente?

Don Juan.

Lo que me tiene dudoso
es que sea mentiroso
un hombre que es tan valiente,
que de su espada el furor
diera á Alcides pesadumbre.

Don Félix.

Tendrá el mentir por costumbre,
y por herencia el valor.

Don Juan.

Vamos; que á Jacinta quiero
pedille, Félix, perdon,
y decille la ocasion
con que esforzó este embustero
mi sospecha.

Don Félix.

Desde aquí
nada le creo, don Juan.

Don Juan.

Y sus verdades serán
ya consejas para mí. (*Vanse.*)

CALLE.

Salen Tristan, don García *y* Camino *de noche.*

Don García.

Mi padre me dé perdon;

que forzado le engañé.

Tristan.

Ingeniosa excusa fué.
Pero dime, ¿qué invencion
agora piensas hacer
con que no sepa que ha sido
el casamiento fingido?

Don García.

Las cartas le he de coger
que á Salamanca escribiere,
y las respuestas fingiendo
yo mismo, iré entreteniendo
la ficcion cuanto pudiere.

Salen Jacinta, Lucrecia *é* Isabel *á la ventana.*

Jacinta.

Con esta nueva volvió
don Beltran bien descontento,
cuando ya del casamiento
estaba contenta yo.

Lucrecia.

¿Que el hijo de don Beltran
es el indiano fingido?

Jacinta.

Sí, amiga.

Lucrecia.

¿A quién has oido
lo del banquete?

Jacinta.

A don Juan.

Lucrecia.

Pues cuándo estuvo contigo?

Jacinta.

Al anochecer me vió,
y en contármelo gastó
lo que pudo estar conmigo.

Lucrecia.

Grandes sus enredos son!
Buen castigo te merece!

Jacinta.

Estos tres hombres parece

que se acercan al balcon

Lucrecia.

Vendrá al puesto don García;
que ya es hora.

Jacinta.

Tú, Isabel,
miéntras hablamos con él,
á nuestros viejos espía.

Lucrecia.

Mi padre está refiriendo
bien despacio un cuento largo
á tu tio.

Isabel.

Yo me encargo
de avisaros en viniendo. (*Vase.*)

Camino.

Este es el balcon adonde
os espera tanta gloria.

Lucrecia.

Tú eres dueño de la historia,
tú en mi nombre le responde.

Don García.

Es Lucrecia?

Jacinta.

Es don García?

Don García.

Es quien hoy la joya halló
mas preciosa que labró
el cielo, en la Platería;
es quien en llegando á vella,
tanto estimó su valor,
que dió abrasado de amor
la vida y alma por ella.
Soy al fin el que se precia
de ser vuestro, y soy quien hoy
comienzo á ser, porque soy
el esclavo de Lucrecia.

Jacinta.

Amiga, este caballero (*Ap. á Lucrecia.*)
para todas tiene amor.

Lucrecia.

El hombre es embarrador.

Jacinta.

El es un gran embustero.

Don García.

Ya espero, señora mia,
lo que me quereis mandar.

Jacinta.

Ya no puede haber lugar
lo que trataros quería...

Tristan.

Es ella? (*Al oido á su amo.*)

Don García.

Sí.

Jacinta.

Que trataros
un casamiento intenté
bien importante; y ya sé
que es imposible casaros.

Don García.

Por qué?

Jacinta.

Porque sois casado.

Don García.

Que yo soy casado?

Jacinta.

Vos.

Don García.

Soltero soy, vive Dios.
Quien lo ha dicho, os ha engañado.

Jacinta. (*Ap. á Lucrecia.*)

Viste mayor embustero?

Lucrecia.

No sabe sino mentir.

Jacinta.

Tal me quereis persuadir?

Don García.

Vive Dios, que soy soltero.

Jacinta. (*Ap. á Lucrecia.*)

Y lo jura.

Lucrecia.

Siempre ha sido
costumbre del mentiroso,
de su crédito dudoso,

jurar para ser creido.

Don García.

Si era vuestra blanca mano,
con la que el cielo queria
colmar la ventura mia,
no pierda el bien soberano,
pudiendo esa falsedad
probarse tan fácilmente.

Jacinta. (*Ap.*)

Con qué confianza miente!
No parece que es verdad?

Don García.

La mano os daré, señora,
y con eso me creereis.

Jacinta.

Vos sois tal, que la dareis
á trescientas en un hora.

Don García.

Mal acreditado estoy
con vos.

Jacinta.

Es justo castigo;
porque mal puede conmigo
tener crédito, quien hoy
dijo que era perulero
siendo en la corte nacido,
y siendo de ayer venido
afirmó que há un año entero
que está en la corte; y habiendo
esta tarde confesado
que en Salamanca es casado,
se está agora desdiciendo;
y quien pasando en su cama
toda la noche, contó
que en el rio la pasó
haciendo fiesta á una dama.

Tristan. (*Ap.*)

Todo se sabe.

Don García.

Mi gloria,
escuchadme, y os diré
verdad pura; que ya sé

en qué se yerra la historia.
Por las demas cosas paso
que son de poco momento,
por tratar del casamiento,
que es lo importante del caso.
Si vos hubiérades sido
causa de haber yo afirmado,
Lucrecia, que soy casado,
será culpa haber mentido?

Jacinta.

Yo la causa!

Don García.

Sí, señora.

Jacinta.

Cómo?

Don García.

Decíroslo quiero.

Jacinta. (*Ap. á Lucrecia.*)

Oye; que hará el embustero
lindos enredos agora.

Don García.

Mi padre llegó á tratarme
de darme otra mujer hoy;
pero yo, que vuestro soy,
quise con eso excusarme;
que miéntras hacer espero
con vuestra mano mis bodas,
soy casado para todas,
solo para vos soltero.
Y como vuestro papel
llegó esforzando mi intento,
al tratarme el casamiento,
puse impedimento en él.
Este es el caso: mirad
si esta mentira os admira,
cuando ha dicho esta mentira
de mi aficion la verdad.

Lucrecia. (*Ap.*)

Mas si lo fuese?

Jacinta.

(*Ap.* ¡Qué buena
la trazó, y qué de repente!)

¿Pues cómo tan brevemente
os pudo dar tanta pena?
¡Casi aun no visto me habeis,
y ya os mostrais tan perdido!
¿Aun no me habeis conocido,
y por mujer me quereis?

Don García.

Hoy ví vuestra gran beldad
la vez primera, señora;
que el amor me obliga agora
á deciros la verdad.
Mas si la causa es divina,
milagro el efeto es;
que el Dios niño no con piés,
sino con alas camina.
Decir que habeis menester
tiempo vos para matar,
fuera, Lucrecia, negar
vuestro divino poder.
Decís que sin conoceros
estoy perdido: ¡pluguiera
á Dios que no os conociera,
por hacer mas en quereros!
Bien os conozco: las partes
sé bien os dió la fortuna,
que sin eclipse sois luna,
que sois mudanza sin mártes,
que es difunta vuestra madre,
que sois sola en vuestra casa,
que de mil doblones pasa
la renta de vuestro padre.
Ved si estoy mal informado:
¡ojalá, mi bien, que así
lo estuviérades de mí!

Lucrecia. (*Ap.*)

Casi me pone en cuidado.

Jacinta.

Pues Jacinta, no es hermosa?
¿No es discreta, rica, y tal,
que puede el mas principal
desealla para esposa?

Don García.

Es discreta, rica, y bella;
mas á mí no me conviene.

Jacinta.

Pues decid, qué falta tiene?

Don García.

La mayor, que es no querella.

Jacinta.

Pues yo con ella os queria
casar; que esa sola fué
la intencion con que os llamé.

Don García.

Pues será vana porfia;
que por haber intentado
mi padre don Beltran hoy
lo mismo, he dicho que estoy
en otra parte casado.
Y si vos, señora mia,
intentais hablarme en ello,
perdonad; que por no hacello,
seré casado en Turquía.
Esto es verdad, vive Dios,
porque mi amor es de modo,
que aborrezco aquello todo,
mi Lucrecia, que no es vos.

Lucrecia. (*Ap.*)

Ojalá!

Jacinta.

¡Que me trateis
con falsedad tan notoria!
Decid: ¿no teneis memoria,
ó vergüenza no teneis?
¿Cómo, si hoy dijistes vos
á Jacinta que la amais,
ahora me lo negais?

Don García.

Yo á Jacinta! Vive Dios,
que solo con vos he hablado
desde que entré en el lugar.

Jacinta.

Hasta aquí pudo llegar
el mentir desvergonzado.

Si en lo mismo que yo vi
os atreveis á mentirme,
qué verdad podreis decirme?
Idos con Dios, y de mí
podeis desde aquí pensar,
si otra vez os diere oido,
que por divertirme ha sido;
como quien para quitar
el enfadoso fastidio
de los negocios pesados,
gasta los ratos sobrados
en las fábulas de Ovidio. (*Vase.*)

Don García.

Escuchad, Lucrecia hermosa.

Lucrecia. (*Ap.*)

Confusa quedo. (*Vase.*)

Don García.

Estoy loco.
Verdades valen tan poco!

Tristan.

En la boca mentirosa.

Don García.

¡Que haya dado en no creer
cuanto digo!

Tristan.

¿Qué te admiras,
si en cuatro ó cinco mentiras
te ha acabado de coger?
De aquí, si lo consideras,
conocerás claramente,
que quien en las burlas miente
pierde el crédito en las veras.

ACTO TERCERO.

SALA EN CASA DE DON SANCHO.

Sale Camino *con un papel, y dalo á* Lucrecia.

Camino.

Este me dió para tí,
Tristan, de quien don García
con justa causa confia
lo mismo que tú de mí;
que aunque su dicha es tan corta
que sirve, es muy bien nacido;
y de suerte ha encarecido
lo que tu respuesta importa,
que jura que don García
está loco.

Lucrecia.

Cosa extraña!
¿Es posible que me engaña
quien desta suerte porfia?
El mas firme enamorado
se cansa, si no es querido,
¡y este puede ser fingido,
tan constante y desdeñado!

Camino.

Yo al ménos, si en las señales
se conoce el corazon,
ciertos juraré que son,
por las que he visto, sus males;
que quien tu calle pasea
tan constante noche y dia,
quien tu espesa celosía
tan atento brujulea;
quien vé que de tu balcon,
cuando él viene, te retiras,
y ni te vé ni le miras,
y está firme en tu aficion;
quien llora, quien desespera,

quien porque contigo estoy
me dá dineros, que es hoy
la señal mas verdadera,
yo me afirmo en que decir
que miente, es gran desatino.

Lucrecia.

Bien se echa de ver, Camino,
que no le has visto mentir.
¡Pluguiera á Dios, fuera cierto
su amor! que á decir verdád,
no tarde en mi voluntad
hallaran sus ansias puerto.
Que sus encarecimientos,
aunque no los he creido,
por lo ménos han podido
despertar mis pensamientos;
que dado que es necedad
dar crédito al mentiroso;
como el mentir no es forzoso,
y puede decir verdad,
oblígame la esperanza
y el proprio amor á creer
que conmigo puede hacer
en sus costumbres mudanza.
Y así, por guardar mi honor
si me engaña lisonjero,
y si es su amor verdadero,
porque es digno de mi amor,
quiero andar tan advertida
á los bienes y á los daños,
que ni admita sus engaños,
ni sus verdades despida.

Camino.

Dese parecer estoy.

Lucrecia.

Pues dirásle que cruel
rompí, sin vello, el papel:
que esta respuesta le doy.
Y luego tú de tu aljaba
le dí que no desespere,
y que si verme quisiere
vaya esta tarde á la otava

de la Madalena.

Camino.

Voy.

Lucrecia.

Mi esperanza fundo en tí.

Camino.

No se perderá por mí,
pues ves que Camino soy. (*Vanse.*)

SALA EN CASA DE DON BELTRAN.

Salen don Beltran, don García y Tristan. *Don Beltran saca una carta abierta y se la da á don García.*

Don Beltran.

Habeis escrito, García?

Don García.

Esta noche escribiré.

Don Beltran.

Pues abierta os la daré,
porque leyendo la mia,
conforme á mi parecer
á vuestro suegro escribais;
que determino que vais
vos en persona á traer
vuestra esposa, que es razon:
porque pudiendo traella
vos mismo, enviar por ella
fuera poca estimacion.

Don García.

Es verdad; mas sin efeto
será agora mi jornada.

Don Beltran.

Por qué?

Don García.

Porque está preñada;
y hasta que un dichoso nieto
te dé, no es bien arriesgar
su persona en el camino.

Don Beltran.

¡Jesus! fuera desatino,

estando así, caminar.
Mas dime: ¿cómo hasta aquí
no me lo has dicho, García?

Don García.

Porque yo no lo sabia;
y en la que ayer recibí
de doña Sancha, me dice
que es cierto el preñado ya.

Don Beltran.

Si un nieto varon me dá,
hará mi vejez felice.
Muestra; que añadir es bien
(*Tómale la carta que le habia dado.*)
cuánto con esto me alegro.
Mas dí, ¿cuál es de tu suegro
el propio nombre?

Don García.

De quién?

Don Beltran.

De tu suegro.

Don García.

(*Ap.* Aquí me pierdo.)
Don Diego.

Don Beltran.

O yo me he engañado,
ú otras veces le has nombrado
don Pedro.

Don García.

Tambien me acuerdo
deso mismo; pero son
suyos, señor, ambos nombres.

Don Beltran.

Diego y Pedro!

Don García.

No te asombres;
que por una condicion
don Diego se ha de llamar
de su casa el sucesor.
Llamábase mi señor
don Pedro ántes de heredar;
y como se puso luego
don Diego, porque heredó,

despues acá se llamó
ya *don Pedro*, ya *don Diego*.

Don Beltran.

No es nueva esa condicion
en muchas casas de España.
A escribirle voy. (*Vase.*)

Tristan.

Extraña
fué esta vez tu confusion.

Don García.

Has entendido la historia?

Tristan.

Y hubo bien en que entender.
El que miente ha menester
gran ingenio y gran memoria.

Don García.

Perdido me ví.

Tristan.

Y en eso
pararás al fin, señor.

Don García.

Entretanto, de mi amor
veré el bueno ó mal suceso.
Qué hay de Lucrecia?

Tristan.

Imagino,
aunque de dura se precia,
que has de vencer á Lucrecia
sin la fuerza de Tarquino.

Don García.

Recibió el billete?

Tristan.

Sí;
aunque á Camino mandó
que diga que lo rompió;
que él lo ha fiado de mí.
Y pues lo admitió, no mal
se negocia tu deseo,
si aquel epigrama creo
que á Nevia escribió Marcial.
«Escribí, no respondió
Nevia: luego dura está;

mas ella se ablandará,
pues lo que escribí leyó.»

Don García.

Que dice verdad sospecho.

Tristan.

Camino está de tu parte,
y promete revelarte
los secretos de su pecho:
y que ha de cumplillo espero,
si andas tú cumplido en dar;
que para hacer confesar
no hay cordel como el dinero.
Y aun fuera bueno, señor,
que conquistaras tu ingrata
con dádivas, pues que mata
con flechas de oro el amor.

Don García.

Nunca te he visto grosero,
sino aquí, en tus pareceres.
¿Es esta de las mujeres
que se rinden por dinero?

Tristan.

Virgilio dice que Dido
fué del troyano abrasada,
á sus dones obligada
tanto como de Cupido.
Y era reyna! No te espantes
de mis pareceres rudos:
que escudos vencen escudos,
diamantes labran diamantes.

Don García.

¿No viste que la ofendió
mi oferta en la Platería?

Tristan.

Tu oferta la ofenderia,
señor; que tus joyas no.
Por el uso te gobierna;
que á nadie en este lugar,
por desvergonzado en dar
le quebraron brazo ó pierna.

Don García.

Dáme tú que ella lo quiera;

que darle un mundo imagino.

Tristan.

Camino dará camino,
que es el polo desta esfera.
Y porque sepas que está
en buen estado tu amor;
ella le mandó, señor,
que te dijese que hoy va
Lucrecia á la Madalena
á la fiesta de la otava,
como que él te lo avisaba.

Don García.

Dulce alivio de mi pena!
¿Con ese espacio me das
nuevas que me vuelven loco?

Jacinta.

Dóytelas tan poco á poco
porque dure el gusto mas. (*Vanse.*)

CLAUSTRO DEL CONVENTO DE LA MAGDALENA CON PUERTA A LA IGLESIA.

Salen Jacinta *y* Lucrecia *con mantos.*

Jacinta.

Qué prosigue don García?

Lucrecia.

De modo, que con saber
su engañoso proceder,
como tan firme porfia,
casi me tiene dudosa.

Jacinta.

Quizá no eres engañada;
que la verdad no es vedada
á la boca mentirosa.
Quizá es verdad que te quiere,
y mas donde tu beldad
asegura esa verdad
en cualquiera que te viere.

Lucrecia.

Siempre tú me favoreces;
mas yo lo creyera así,

á no haberte visto á tí,
que al mismo sol obscureces.

Jacinta.

Bien sabes tú lo que vales,
y que en esta competencia
nunca ha salido sentencia,
por tener votos iguales.
Y no es sola la hermosura
quien causa amoroso ardor;
que tambien tiene el amor
su pedazo de ventura.
Yo me holgaré que por tí,
amiga, me haya trocado,
y que tú hayas alcanzado
lo que yo no merecí;
porque ni tú tienes culpa,
ni él me tiene obligacion.
Pero ve con prevencion;
que no te queda disculpa
si te arrojas en amar,
y al fin quedas engañada
de quien estás ya avisada
que solo sabe engañar.

Lucrecia.

Gracias, Jacinta, te doy;
mas tu sospecha corrige.
Que estoy por creerle, dije;
no que por quererle estoy.

Jacinta.

Obligárate el creer,
y querrás, siendo obligada;
y así es corta la jornada
que hay de creer á querer.

Lucrecia.

¿Pues qué dirás si supieres
que un papel he recibido?

Jacinta.

Diré que ya le has creido,
y aun diré que ya le quieres.

Lucrecia

Erráraste: y considera
que tal vez la voluntad

hace por curiosidad
lo que por amor no hiciera.
¿Tú no le hablastes gustosa
en la Platería?

Jacinta.

Sí.

Lucrecia.

¿Y fuiste en oirle allí
enamorada, ó curiosa?

Jacinta.

Curiosa.

Lucrecia.

Pues yo con él
curiosa tambien he sido,
como tú en haberle oido,
en recibir su papel.

Jacinta.

Notorio verás tu error,
si adviertes que es el oir
cortesía, y admitir
un papel, claro favor.

Lucrecia.

Eso fuera á saber él
que su papel recibí;
mas él piensa que rompí
sin leello su papel.

Jacinta.

Pues con eso es cosa cierta
que curiosidad ha sido.

Lucrecia.

En mi vida me ha valido
tanto gusto el ser curiosa.
Y porque su falsedad
conozcas, escucha y mira
si es mentira la mentira
que mas parece verdad.
(*Saca un papel y le abre.*)

Salen Camino, don García *y* Tristan *por otra parte.*

Camino. (*Ap. á don García.*)
¿Veis la que tiene en la mano
un papel?

Don García.
Sí.
Camino.
Pues aquella
es Lucrecia.
Don García.
(*Ap.* ¡Oh causa bella
de dolor tan inhumano!
Ya me abraso de celoso.)
Oh, Camino, cuánto os debo!
Tristan. (*A Camino.*)
Mañana os vestís de nuevo.
Camino.
Por vos ha de ser dichoso.
Don García.
Llegarme, Tristan, pretendo
adonde, sin que me vea,
si posible fuere, lea
el papel que está leyendo.
Tristan.
No es dificil; que si vas
á esta capilla arrimado,
saliendo por aquel lado,
de espaldas la cogerás.
Don García.
Bien dices. Ven por aquí.
(*Vanse don García, Tristan y Camino.*)
Jacinta.
Lee bajo; que darás
mal ejemplo.
Lucrecia.
No me oirás.
Toma y lee para tí.
(*Dá el papel á Jacinta.*)
Jacinta.
Ese es mejor parecer.

Salen don García, *y* Tristan *por otra puerta y cogen de espaldas á las damas.*

Tristan.
Bien el fin se consiguió.

Don García.
Tú, si ves mejor que yo,
procura, Tristan, leer.
Jacinta. (Lee.)
Ya que mal crédito cobras
de mis palabras sentidas,
dime si serán creidas,
pues nunca mienten, las obras.
Que si consiste el creerme,
señora, en ser tu marido,
y ha de dar el ser creido
materia al favorecerme,
por este, Lucrecia mia,
que de mi mano te doy
firmado, digo que soy
ya TU ESPOSO DON GARCIA.
Don García. (Ap. á Tristan.)
Vive Dios, que es mi papel!
Tristan.
Pues qué! no lo vió en su casa?
Don García.
Por ventura lo repasa,
regalándose con él.
Tristan.
Como quiera, te está bien.
Don García.
Como quiera soy dichoso.
Jacinta.
El es breve y compendioso.
O bien siente, ó miente bien.
Don García. (A Jacinta.)
Volved los ojos, señora,
cuyos rayos no resisto.
Jacinta. (Ap á Lucrecia.)
Cúbrete pues no te ha visto,
y desengáñate agora.
(Tápanse Lucrecia y Jacinta.)
Lucrecia. (Ap. á Jacinta.)
Disimula y no me nombres.
Don García.
Corred los delgados velos
á ese asombro de los cielos,

á ese cielo de los hombres.
¿Posible es que os llego á ver,
homicida de mi vida?
Mas como sois mi homicida,
en la iglesia hubo de ser.
Si os obliga á retraer
mi muerte, no hayais temor;
que de las leyes de amor
es tan grande el desconcierto,
que dejan preso al que es muerto,
y libre al que es matador.
Ya espero que de mi pena
estais, mi bien, condolida,
si el estar arrepentida
os trajo á la Madalena.
Ved cómo el amor ordena
recompensa al mal que siento;
pues si yo llevé el tormento
de vuestra crueldad, señora,
la gloria me llevo agora
de vuestro arrepentimiento.
No me hablais, dueño querido?
No os obliga el mal que paso?
¿Arrepentísos acaso
de haberos arrepentido?
Que advirtais, señora, os pido
que otra vez me matareis:
si porque en la iglesia os veis
probais en mí los aceros,
mirad que no ha de valeros
si en ella el delito haceis.

Jacinta.

Conoceisme?

Don García.

Y bien, por Dios!
Tanto que desde aquel dia
que os hablé en la Platería,
no me conozco por vos:
de suerte que de los dos
vivo mas en vos que en mí;
que tanto, desde que os ví,
en vos trasformado estoy,

que ni conozco el que soy,
ni me acuerdo del que fuí.

Jacinta.

Bien se echa de ver que estais
del que fuistes olvidado,
pues sin ver que sois casado
nuevo amor solicitais.

Don García.

Yo casado! En eso dais?

Jacinta.

Pues no?

Don García.

Qué vana porfia!
Fue, por Dios, invencion mia,
por ser vuestro.

Jacinta.

O por no sello;
y si os vuelven á hablar dello,
sereis casado en Turquía.

Don García.

Y vuelvo á jurar, por Dios,
que en este amoroso estado
para todas soy casado,
y soltero para vos.

Jacinta. (*Ap. á Lucrecía.*)

Vés tu desengaño?

Lucrecía. (*Ap.*)

Ah cielos!
Apénas una centella
siento de amor, y ya della
nacen volcanes de celos.

Don García.

Aquella noche, señora,
que en el balcon os hablé,
todo el caso no os conté?

Jacinta.

A mí en balcon!

Lucrecia (*Ap.*)

Ah traidora!

Jacinta.

Advertid que os engañais.
Vos me hablastes?

Don García.

Bien por Dios!

Lucrecia. (*Ap.*)

¡Hablaisle de noche vos,
y á mí consejos me dais!

Don García.

Y el papel que recibistes,
negareislo?

Jacinta.

Yo papel!

Lucrecia. (*Ap.*)

Ved qué amiga tan fiel!

Don García.

Y sé yo que lo leistes.

Jacinta.

Pasar por donaire puede
cuando no daña, el mentir;
mas no se puede sufrir
cuando ese límite excede.

Don García.

¿No os hablé en vuestro balcon,
Lucrecia, tres noches há?

Jacinta.

(*Ap.* Yo, Lucrecia Bueno vá!)
Toro nuevo, otra invencion.
A Lucrecia ha conocido,
y es muy cierto el adoralla,
pues finge por no enojalla,
que por ella me ha tenido.

Lucrecia. (*Ap.*)

Todo lo entiendo. Ah traidora!
Sin duda que le avisó
que la tapada fuí yo,
y quiere enmendallo agora
con fingir que fué el tenella
por mí, la causa de hablalla.

Tristan. (*A don García.*)

Negar debe de importalla
por la que está junto della,
ser Lucrecia.

Don García.

Así lo entiendo;

que si por mí lo negara,
encubriera ya la cara.
Pero no se conociendo,
se hablaran las dos?

Tristan.

Por puntos
suele en las iglesias verse
que parlan sin conocerse
los que aciertan á estar juntos.

Don García.

Dices bien.

Tristan.

Fingiendo agora
que se engañaron tus ojos,
lo enmendarás.

Don García.

Los antojos
de un ardiente amor, señora,
me tienen tan deslumbrado,
que por otra os he tenido.
Perdonad; que yerro ha sido
desa cortina causado;
que como á la fantasía
fácil engaña el deseo,
cualquiera dama que veo,
se me figura la mia.

Jacinta. (*Ap.*)

Entendíle la intencion.

Lucrecia. (*Ap.*)

Avisóle la taimada.

Jacinta.

Segun eso, la adorada
es Lucrecia.

Don García.

El corazon,
desde el punto que la ví,
la hizo dueño de mi fe.

Jacinta. (*Ap.*)

Bueno es esto!

Lucrecia. (*Ap.*)

¡Que esta esté
haciendo burla de mí!

No me doy por entendida,
por no hacer aquí un exceso.

Jacinta.

Pues yo pienso que á estar de eso
cierta, os fuera agradecida
Lucrecia.

Don García.

Tratais con ella?

Jacinta.

Trato, y es amiga mia,
tanto que me atrevería
á afirmar que en mí y en ella
vive solo un corazon.

Don García.

(*Ap.* Si eres tú, bien claro está.
¡Qué bien á entender me dá
su recato y su intencion!)
Pues ya que mi dicha ordena
tan buena ocasion, señora;
pues sois ángel, sed agora
mensajera de mi pena.
Mi firmeza le decid,
y perdonadme si os doy
este oficio.

Tristan. (*Ap.*)

Oficio es hoy
de las mozas de Madrid.

Don García.

Persuadidla que á tan grande
amor ingrata no sea.

Jacinta.

Hacedle vos que lo crea,
que yo le haré que se ablande.

Don García.

¿Por qué no creerá que muero,
pues he visto su beldad?

Jacinta.

Porque, si os digo verdad,
no os tiene por verdadero.

Don García.

Esta es verdad, vive Dios:

hacedle vos que lo crea.

Jacinta.

¿Qué importa que verdad sea,
si el que la dice sois vos?
Que la boca mentirosa
incurre en tan torpe mengua,
que solamente en su lengua
es *la verdad sospechosa.*

Don García.

Señora...

Jacinta.

Basta: mirad
que dais nota.

Don García.

Yo obedezco.

Jacinta.

Vas contenta?

Lucrecia.

Yo agradezco,
Jacinta, tu voluntad. (*Vanse las dos.*)

Don García.

No ha estado aguda Lucrecia?
¡Con qué astúcia dió á entender
que le importaba no ser
Lucrecia!

Tristan.

A fe que no es necia.

Don García.

Sin duda que no queria
que la conociese aquella
que estaba hablando con ella.

Tristan.

Claro está que no podia
obligalla otra ocasion
á negar cosa tan clara;
porque á tí no te negara
que te habló por el balcon,
pues ella misma tocó
los puntos de que tratastes
cuando por él os hablastes.

Don García.

En eso bien me mostró
que de mí no se encubria.

Tristan.

Y por eso dijo aquello :
«Y si os vuelven á hablar dello,
sereis casado en Turquía.»
Y esta conjetura abona
mas claramente el negar
que era Lucrecia, y tratar
luego en tercera persona
de sus propios pensamientos,
diciéndote que sabia
que Lucrecia pagaria
tus amorosos intentos,
con que tú hicieses, señor,
que los llegase á creer.

Don García.

Ay Tristan! ¿qué puedo hacer,
para acreditar mi amor?

Tristan.

Tú quieres casarte?

Don García.

Sí.

Tristan.

Pues pídela.

Don García.

Y si resiste?

Tristan.

Parece que no la oiste
lo que dijo agora aquí:
»Hacedle vos que lo crea;
que yo la haré que se ablande.»
¿Qué indicio quieres mas grande
de que ser tuya desea?
Quien tus papeles recibe,
quien te habla en sus ventanas,
muestras ha dado bien llanas
de la aficion con que vive.
El pensar que eres casado
la refrena solamente,
y queda ese inconveniente

con casarte remediado;
pues es el mismo casarte,
siendo tan gran caballero,
informacion de soltero:
y cuando quiera obligarte
á que dés informacion,
por el temor con que va
de tus engaños, no está
Salamanca en el Japon.

Don García.

Sí está para quien desea;
que son ya siglos en mí
los instantes.

Tristan.

Pues aquí,
no habrá quien testigo sea?

Don García.

Puede ser.

Tristan.

Es fácil cosa.

Don García.

Al punto los buscaré.

Tristan.

Uno yo te le daré.

Don García.

Y quién es?

Tristan.

Don Juan de Sosa.

Don García.

Quién? Don Juan de Sosa?

Tristan.

Sí.

Don García.

Bien lo sabe.

Tristan.

Desde el dia
que te habló en la Platería
no le he visto, ni él á tí.
Y aunque siempre he deseado
saber qué pesar te dió
el papel que te escribió,
nunca te lo he preguntado,

viendo que entónces severo
negaste y descolorido;
mas agora que ha venido
tan á propósito, quiero
pensar que puedo, señor,
pues secretario me has hecho
del archivo de tu pecho,
y se pasó aquel furor.

Don García.

Yo te lo quiero contar;
que pues sé por experiencia
tu secreto y tu prudencia,
bien te lo puedo fiar.
A las siete de la tarde
me escribió que me aguardaba
en San Blas don Juan de Sosa
para un caso de importancia.
Callé, por ser desafio;
que quiere el que no lo calla,
que le estorben ó le ayuden:
cobardes acciones ambas.
Llegué al aplazado sitio
donde don Juan me aguardaba
con su espada y con sus celos,
que son armas de ventaja.
Su sentimiento propuso,
satisfice á su demanda;
y por quedar bien, al fin
desnudamos las espadas.
Elegí mi medio al punto,
y haciéndole una ganancia
por los grados del perfil,
le dí una fuerte estocada.
Sagrado fué de su vida
un *Agnus Dei* que llevaba;
que topando en él la punta,
hizo dos partes mi espada.
El sacó pies del gran golpe;
pero con ardiente rabia
vino tirando una punta;
mas yo por la parte flaca
cogí su espada, formando

un atajo. El, presto, saca
(como la respiracion
tan corta línea le tapa,
por faltarle los dos tercios
á mi poco fiel espada)
la suya, corriendo filos;
y como cerca me halla
(porque yo busqué el estrecho,
por la falta de mis armas,
á la cabeza furioso
me tiró una cuchillada.
Recibíla en el principio
de su formacion, y baja,
matándole el movimiento
sobre la suya mi espada.
Aquí fué Troya! Saqué
un revés con tal pujanza,
que la falta de mi acero
hizo allí muy poca falta;
que abriéndole en la cabeza
un palmo de cuchillada,
vino sin sentido al suelo,
y aun sospecho que sin alma.
Dejéle así, y con secreto
me vine. Esto es lo que pasa,
y de no verle estos dias,
Tristan, es esta la causa.

Tristan.

Qué suceso tan extraño!
Y si murió?

Don García.

Cosa es clara,
porque hasta los mismos sesos
esparció por la campaña.

Tristan.

Pobre don Juan!...

Salen don Juan *y* Beltran *por otra parte.*

Tristan.

Mas ¿no es este
que viene aquí?

Don García.

Cosa extraña!

Tristan.

Tambien á mí me la pegas?
Al secretario del alma!
(*Ap.* Por Dios, que se lo creí,
con conocelle las mañas.
Mas ¿á quién no engañarán
mentiras tan bien trovadas?)

Don García.

Sin duda que le han curado
por ensalmo.

Tristan.

Cuchillada
que rompió los mismos sesos,
en tan breve tiempo sana?

Don García.

Es mucho? Ensalmo sé yo
con que un hombre en Salamanca,
á quien cortaron á cércen
un brazo con media espalda,
volviéndosele á pegar,
en ménos de una semana
quedó tan sano y tan bueno
como primero.

Tristan.

Ya escampa!

Don García.

Esto no me lo contaron;
yo mismo lo ví.

Tristan.

Eso basta.

Don García.

De la verdad, por la vida,
no quitaré una palabra.

Tristan.

(*Ap.* Que ninguno se conozca!)
Señor, mis servicios paga
con enseñarme ese ensalmo.

Don García.

Está en dicciones hebráicas,
y si no sabes la lengua

no has de saber pronunciarlas.

Tristan.

Y tú, sábesla?

Don García.

Qué bueno!
Mejor que la castellana:
hablo diez lenguas.

Tristan.

(*Ap.* Y todas
para mentir no te bastan.)
Cuerpo de verdades lleno,
con razon el tuyo llaman,
pues ninguna sale dél...
(*Ap.* Ni hay mentira que no salga.)

Don Beltran. (*A Don Juan.*)

Qué decís?

Don Juan.

Esto es verdad:
ni caballero, ni dama
tiene, si mal no me acuerdo,
desos nombres Salamanca.

Don Beltran.

(*Ap.* Sin duda que fué invencion
de García, cosa es clara.
Disimular me conviene.)
Goceis por edades largas
con una rica encomienda,
de la cruz de Calatrava.

Don Juan.

Creed que siempre he de ser
mas vuestro, cuanto mas valga.
Y perdonadme; que ahora
por andar dando las gracias
á esos señores, no os voy
sirviendo hasta vuestra casa. (*Vase.*)

Don Beltran. (*Ap.*)

Válgame Dios! ¿Es posible
que á mí no me perdonaran
las costumbres deste mozo?
¿Que aun á mí en mis propias canas
me mintiese, al mismo tiempo
que riñéndoselo estaba?

¿Y que le creyese yo
en cosa tan de importancia
tan presto, habiendo ya oido
de sus engaños la fama?
Mas ¿quién creyera que á mí
me mintiera, cuando estaba
reprendiéndole eso mismo?
¿Y qué juez se recelara
que el mismo ladron le robe,
de cuyo castigo trata?

Tristan.

Determínaste á llegar?

Don García.

Sí, Tristan.

Tristan.

Pues Dios te valga.

Don García.

Padre...

Don Beltran.

No me llames padre,
vil; enemigo, me llama;
que no tiene sangre mia
quien no me parece en nada.
Quítate de ante mis ojos;
que por Dios, si no mirara....

Tristan. (*Ap. á Don García.*)

El mar está por el cielo.
Mejor ocasion aguarda.

Don Beltran.

Cielos! qué castigo es este?
¿Es posible que á quien ama
la verdad como yo, un hijo
de condicion tan contraria
le diésedes? ¿Es posible
que quien tanto su honor guarda
como yo, engendrase un hijo
de inclinaciones tan bajas;
y á Gabriel, que honor y vida
daba á mi sangre y mis canas,
llevásedes tan en flor?
Cosas son, que á no mirarlas
como cristiano.....

Don García. (*Ap.*)
Qué es esto?
Tristan. (*Ap. á su amo*)
Quítate de aquí. Qué aguardas?
Don Beltran.
Déjanos solos, Tristan...
Pero vuelve, no te vayas:
por ventura la vergüenza,
de que sepas tú su infamia
podrá en él lo que no pudo
el respeto de mis canas.
Y cuando ni esta vergüenza
le obligue á enmendar sus faltas,
servirále por lo ménos
de castigo el publicallas.
Dí, liviano, ¿qué fin llevas,
loco, dí, qué gusto sacas
de mentir tan sin recato?
Y cuando con todos vayas
tras tu inclinacion, ¿conmigo
siquiera, no te enfrenaras?
¿Con qué intento el matrimonio
fingistes de Salamanca,
para quitarles tambien
el crédito á mis palabras?
¿Con qué cara hablaré yo
á los que dije que estabas
con doña Sancha de Herrera
desposado? ¿Con qué cara,
cuando sabiendo que fué
fingida esta doña Sancha,
por cómplices del embuste
infamen mis nobles canas?
¿Qué medio tomaré yo
que saque bien esta mancha;
pues á mejor negociar,
si de mí quiero quitarla,
he de ponerla en mi hijo,
y diciendo que la causa
fuiste tú, he de ser yo mismo
pregonero de tu infamia?
Si algun cuidado amoroso

te obligó á que me engañaras,
¿qué enemigo te oprimia,
qué puñal te amenazaba,
sino un padre, padre al fin;
que este nombre solo basta
para saber de qué modo
le enternecieran tus ansias?
¡Un viejo que fué mancebo,
y sabe bien la pujanza
con que en pechos juveniles
prenden amorosas llamas!

Don García.

Pues si lo sabes, y entónces
para excusarme bastara;
para que mi error perdones,
agora, padre, me valga.
Parecerme que sería
respetar poco tus canas
no obedecerte pudiendo,
me obligó á que te engañara.
Error fué, no fué delito;
no fué culpa, fué ignorancia;
la causa amor, tú mi padre,
pues tú dices que esto basta,
Y ya que el daño supiste,
escucha la hermosa causa,
porque el mismo dañador
el daño te satisfaga.
Doña Lucrecia, la hija
de don Juan de Luna, es alma
desta vida: es principal
y heredera de su casa;
y para hacerme dichoso
con su hermosa mano, falta
solo que tú lo consientas,
y declares que la fama
de ser yo casado, tuvo
ese principio, y es falsa.

Don Beltran.

No, no. Jesus! Calla. ¿En otra
habias de meterme? Basta.
Ya, si dices que esta es luz,

he de pensar que me engañas.

Don García.

No, señor: lo que á las obras
se remite, es verdad clara;
y Tristan, de quien te fias,
es testigo de mis ansias.
Dílo, Tristan.

Tristan.

Sí, señor:
lo que dice es lo que pasa.

Don Beltran.

No te corres desto? Dí:
¿no te avergüenza que hayas
menester que tu criado
acredite lo que hablas?
Ahora bien, yo quiero hablar
á don Juan; y el cielo haga
que te dé á Lucrecia; que eres
tal, que ella es la engañada.
Mas primero he de informarme
en esto de Salamanca;
que ya temo que en decirme
que me engañaste, me engañas.
Que aunque la verdad sabia
ántes que á hablarte llegara,
la has hecho ya sospechosa
tú, con solo confesarla. (*Vase.*)

Don García.

Bien se ha hecho.

Tristan.

Y cómo bien!
que yo pensé que hoy probabas
en tí aquel ensalmo hebreo,
que brazos cortados sana. (*Vanse.*)

SALA CON VISTAS Á UN JARDIN EN CASA DE DON JUAN DE LUNA.

Salen don Juan de Luna *y* don Sancho.

Don Juan de Luna.

Parece que la noche ha refrescado.

Don Sancho.

Señor Don Juan de Luna, para el rio
este fresco en mi edad es demasiado.

Don Juan de Luna.

Mejor será que en ese jardin mio
se nos ponga la mesa, y que gocemos
la cena con sazon, templado el frio.

Don Sancho.

Discreto parecer. Noche tendremos
que dar á Manzanares mas templada;
que ofenden la salud estos extremos.

Don Juan de Luna. (*Dirigiéndose adentro.*)

Gozad de vuestra hermosa convidada
por esta noche en el jardin, Lucrecia.

Don Sancho.

Veáisla, quiera Dios, bien empleada;
que es un ángel.

Don Juan de Luna.

Demas de que no es necia,
y ser cual veis, don Sancho, tan hermosa,
ménos que la virtud la vida precia.

Sale un Criado.

Criado. (*A don Sancho.*)

Preguntando por vos don Juan de Sosa,
a la puerta llegó, y pide licencia.

Don Sancho.

A tal hora!

Don Juan de Luna.

Será ocasion forzosa.

Don Sancho.

Entre el señor don Juan.

(*Va el criado á avisar.*)

Sale don Juan *con un papel.*

Don Juan. (*A don Sancho.*)

A esa presencia,
sin el papel que veis, nunca llegara;
mas ya con él faltaba la paciencia;
que no quiso el amor que dilatara
la nueva un punto, si alcanzar la gloria
consiste en eso de mi prenda cara.

Ya el hábito salió: si en la memoria
la palabra teneis que me habeis dado,
colmareis con cumplirla mi vitoria.

Don Sancho.

Mi fe, señor don Juan, habeis premiado,
con no haber esta nueva tan dichosa
por un momento solo dilatado.
A darla voy á mi Jacinta hermosa,
y perdonad; que por estar desnuda,
no la mando salir. (*Vase.*)

Don Juan de Luna.

Por cierta cosa
tuve siempre el vencer; que el cielo ayuda
la verdad mas oculta: en ser premiada
dilacion pudo haber, pero no duda.

Salen don García, don Beltran *y* Tristan.

Don Beltran.

Esta no es ocasion acomodada
de hablarle, que hay visita; y una cosa
tan grave, á solas ha de ser tratada.

Don García.

Antes nos servirá don Juan de Sosa
en lo de Salamanca por testigo.

Don Beltran.

Que lo hayais menester! Qué infame cosa!
en tanto que á don Juan de Luna digo
nuestra intencion, podeis entretenello.

Don Juan de Luna.

Amigo don Beltran!...

Don Beltran.

Don Juan, amigo!...

Don Juan de Luna.

A tales horas tal exceso?

Don Beltran.

En ello
conocereis que estoy enamorado.

Don Juan de Luna.

Dichosa la que pudo merecello.

Don Beltran.

Perdon me habeis de dar; que haber hallado

la puerta abierta, y la amistad que os tengo,
para entrar sin licencia me la han dado.

Don Juan de Luna.

Cumplimientos dejad, cuando prevengo
el pecho á la ocasion desta venida.

Don Beltran.

Quiero deciros, pues, á lo que vengo.

Don García. (*A don Juan de Sosa.*)

Pudo, señor don Juan, ser oprimida
de algun pecho de envidia emponzoñado
verdad tan clara, pero no vencida.
Podeis, por Dios, creer que me ha alegrado
vuestra vitoria.

Don Juan.

De quien sois lo creo.

Don García.

Del hábito goceis encomendado
como vos mereceis, y yo deseo.

Don Juan de Luna.

Es en eso Lucrecia tan dichosa,
que pienso que es soñado el bien que veo.
Con perdon del señor don Juan de Sosa,
oid una palabra, don García.
Que á Lucrecia quereis por vuestra esposa
me ha dicho don Beltran.

Don García.

El alma mia,
mi dicha, honor y vida está en su mano.

Don Juan de Luna.

Yo desde aquí por ella os doy la mia;

(*Se dán las manos.*)

que como yo sé en eso lo que gano,
lo sabe ella tambien, segun la he oido
hablar de vos.

Don García.

Por bien tan soberano
los piés, señor don Juan de Luna, os pido.

Salen don Sancho, *Jacinta y Lucrecia.*

Lucrecia.

Al fin tras tantos contrastes,

tu dulce esperanza logras.

Jacinta.

Con que tú logres la tuya
seré del todo dichosa.

Don Juan de Luna.

Ella sale con Jacinta
ajena de tanta gloria,
mas de calor descompuesta
que aderezada de boda.
Dejad que albricias le pida
de una nueva tan dichosa.

Don Beltran. (A don García.)

Acá está don Sancho: ¡mira
en qué vengo á verme agora!

Don García.

Yerros causados de amor,
quien es cuerdo los perdona.

Lucrecia.

No es casado en Salamanca?

Don Juan de Luna.

Fué invencion suya engañosa,
procurando que su padre
no le casase con otra.

Lucrecia.

Siendo así, mi voluntad
es la tuya, y soy dichosa.

Don Sancho.

Llegad, ilustres mancebos,
á vuestras alegres novias,
que dichosas se confiesan
y os aguardan amorosas.

Don García.

Agora de mis verdades
darán probanza las obras.

(Vanse don García y don Juan á Jacinta.)

Don Juan.

A dónde vais, don García?
Veis allí á Lucrecia hermosa.

Don García.

Cómo Lucrecia!

Don Beltran.

Qué es esto!

Don García.

Vos sois mi dueño, señora. (*A Jacinta.*)

Don Beltran.

Otra tenemos?

Don García.

Si el nombre
erré, no erré la persona.
Vos sois á quien yo he pedido,
y vos, la que el alma adora.

Lucrecia.

Y este papel, engañoso, (*Saca un papel.*)
que es de vuestra mano propia,
¿lo que decis, no desdice?

Don Beltran.

Que en tal afrenta me pongas!

Don Juan.

Dadme, Jacinta, la mano,
y dareis fin á estas cosas.

Don Sancho.

Dale la mano á don Juan.

Jacinta. (*A Don Juan.*)

Vuestra soy.

Don García. (*Ap.*)

Perdí mi gloria

Don Beltran.

¡Vive Dios, si no recibes
á Lucrecia por esposa,
que te he de quitar la vida!

Don Juan de Luna.

La mano os he dado agora
por Lucrecia, y me la distes;
si vuestra inconstancia loca
os ha mudado tan presto,
yo lavaré mi deshonra
con sangre de vuestras venas.

Tristan.

Tú tienes la culpa toda;
que si al principio dijeras
la verdad, esta es la hora
que de Jacinta gozabas.
Ya no hay remedio: perdona,
y da la mano á Lucrecia,

que tambien es buena moza.

Don García.

La mano doy, pues es fuerza.

Tristan.

Y aquí verás cuán dañosa
es la mentira: y verá
el Senado que en la boca
del que mentir acostumbra,
es *la verdad sospechosa.*

EXÁMEN DE

LA VERDAD SOSPECHOSA, POR DON BERNARDINO GARCÍA SUELTO.

Un caballero mozo y de grandes prendas, pero afeadas con el vicio de mentir, al otro dia de su llegada á la corte ve á dos hermosas damas entrar en una tienda de la calle Mayor. Inmediatamente entabla conversacion con la una de ellas, que le agradó mas que la otra; y parte por seguir su inclinacion natural, parte por contraer mayor mérito á los ojos de su amada, finge que es indiano, que hace un año que ha venido á Madrid, y otro tanto tiempo que está enamorado de ella; pero que hasta entónces no ha tenido ocasion de declararle su amor. Poco despues encuentra á un amigo y camarada suyo, apasionado tambien de la misma belleza, que estaba celoso porque creia que la noche anterior, otro amante habia dado á su dama una gran fiesta en el rio; y el embustero que ignoraba la pasion de su amigo, por el gusto de ser admirado supone que él fué el que dió la funcion. En seguida habla con su padre, y este le propone el casamiento con una señora, dotada de tantas y tan divinas partes, que jamas los cielos las pusieron iguales en ningun sujeto humano. Era esta la misma de quien él estaba prendado; pero como no sabia su verdadero nombre, porque le habian informado mal, queriendo librarse de aquel empeño, se finge casado en Salamanca, y obliga á su padre á deshacer el contrato. De estos tres enredos y otros nacidos naturalmente del asunto, y combinados con la mayor sagacidad, forma Alarcon el tejido de su fábula, cuyo resultado es, que el embustero tiene que reñir con su amigo, queda afrentado en presencia de todos, pierde la mano de la mujer que amaba, y se vé forzado á casarse con la que no queria. Hé aquí el argumento de la Verdad Sospechosa.

El padre del teatro frances, el ilustre Pedro Cor-

neille, dió á conocer en Francia la comedia de Alarcon, bajo el título de *El Embustero*. Hé aquí lo que dice en el exámen que hace de la suya. "Esta pieza está »en parte traducida, y en parte imitada del español. »El asunto me ha parecido tan ingenioso y bien ma»nejado, que he dicho muchas veces que daria dos »de las mejores que he compuesto, con tal que esta »fuese invencion mia. Se atribuye al famoso Lope de »Vega; pero hace poco tiempo que me ha venido á las »manos un tomo de don Juan Ruiz de Alarcon, en el »cual pretende que es suya, y se queja de los impre»sores que la han publicado á nombre de otro. Sea el »que fuere su autor, lo cierto es que tiene gran mé»rito, y no he visto nada en aquella lengua que me »contente mas."

Despues de semejante confesion, de parte de un hombre como Pedro Corneille, ¿qué peso tendria nada de lo que nosotros pudiéramos añadir? No, pues, á fin de abonar la obra, sino para satisfacernos á nosotros mismos, diremos algo de lo que nos ha sugerido la lectura de la Verdad Sospechosa.

Lo primero que observarémos á nuestros lectores, es que su autor se propone manifiestamente en ella un fin moral: lo cual pocas veces se verifica en nuestras comedias, cuyo principal objeto es divertir; y si encierran lecciones morales, es como de paso, y mezcladas unas con otras. Aquí es al reves: toda la fábula se encamina á demostrar que el embustero se cubre de oprobio á los ojos del mundo, y cae á veces en los mismos lazos que arma á los demas hombres. Ademas, como el vicio que ridiculiza es uno de los mas propios de la comedia, resulta una pieza de carácter que puede competir con cualquiera de las mejores que se han escrito dentro y fuera de España. Ya se sabe que este género es el mas árduo de todos, por la escasez de caracteres verdaderamente nuevos en el teatro, y la dificultad de desenvolverlos de tal manera que sostengan por sí solos el interes de la obra. Esto es lo que sucede en la de Alarcon. Los demas personajes son variados, agradables, necesarios y conformes á la naturaleza; pero el espectador no toma parte sino en la suerte de don García. El es el alma de

todo el enredo, de todas las situaciones: sus extravagancias son la causa única del interés y de la diversion.

El plan de la Verdad Sospechosa acredita un talento eminente. No se puede combinar una fábula con mas artificio y felicidad. Nada hay ocioso en ella, nada que no produzca un efecto admirable. Sería inútil y prolijo analizar todas sus bellezas; y así solo llamaremos la atencion de nuestros lectores, hácia dos rasgos magistrales. El uno es la imperturbabilidad con que el embustero emboca á su padre una cáfila de patrañas á cual mas ridículas, precisamente en el momento en que este acaba de afearle su vicio. El otro, el cuento de la muerte dada á don Juan, que don García refiere á su mismo criado, *al secretario del alma*; y la sorpresa de Tristan, cuando vuelve la cabeza y ve al difunto gozando de cabal salud,

Les gens que vous tuez se portent assez bien.

Las gentes que vos matais
disfrutan buena salud.

En la escena de la iglesia, en el tercer acto, reina alguna obscuridad nacida de la desconfianza que manifiestan los interlocutores unos de otros, y la segunda intencion con que suponen que cada cual habla: la comedia francesa conserva todavía restos de esta obscuridad. Corneille dió á su Embustero alguna inclinacion hácia la dama con quien le casa; y esta correccion es digna de tan gran maestro. Efectivamente, si el principio de la proporcion entre la pena y el delito es aplicable á la justicia dramática, parece excesivo rigor condenar á nadie á casarse con una persona que de todo punto le desagrada, por un pecado como el dementir sin perjuicio de tercero. Por otra parte, es una preocupacion creer que una comedia no es moral, si el vicioso no queda castigado en el desenlace. Aun cuando esto se verifique, los que la oyen ó leen saben demasiado que aquel ejemplo es fingido, y que en la sociedad no sucede siempre así. El verdadero castigo del vicio no se efectúa al final, sino en toda la ex-

tension de la pieza. Los viciosos que asisten á su representacion le experimentan con solo volver la vista al concurso; con solo observar el efecto que produce en toda reunion de hombres la pintura de sus extravíos. Cada situacion nueva, cada expresion diferente les avisan que si no se corrigen serán el blanco del menosprecio y la indignacion general; y este infalible resultado de su mala conducta es una de las mayores desgracias que pudieran sucederles. No deja, pues, de ser moral una fábula, porque no se vea en ella castigado materialmente el vicio; y aun hay quien dice que léjos de representarle abatido, deberian los poetas fingirle siempre victorioso, para que los hombres de bien no se durmieran, y tomasen sus precauciones; pero esto nos parece que seria pecar por el extremo contrario, porque no se debe añadir fuerza al mal ejemplo.

Don Juan Ruiz de Alarcon es uno de aquellos ingenios desgraciados en punto de celebridad. Cuando vivia, se atribuian sus obras á otros; despues de muerto, nadie se acuerda de él sino los literatos. Es no obstante un poeta digno de sumo aprecio. Tiene varias comedias admirables por la invencion y el interés; y en casi todas las suyas se nota mas instruccion, artificio y buen gusto que en las de sus contemporáneos. Su lenguaje es siempre correcto, elegante y puro: su versificacion armoniosa y llena; abunda de sentimientos nobles y de ideas profundas; y finalmente si no se le quiere incluir entre los genios de primer órden, debe colocarse sin duda al frente de los de segundo.

Nuestros lectores no querrán que les hablemos de un saineton que se llama *el Embustero engañado*, y es una mala copia de la imitacion de Corneille.